

CARLOS FELIPE



*contemporáneos*



LIBRERIA  
MILAN DE VENEZIA

CARLOS FÉLIX



DERECHOS RESERVADOS  
© EDICIONES UNIÓN  
DISEÑO DE H. VILLVERDE



**Library**  
UNIVERSITY OF MIAMI

UNIDAD 274-05-08 / ECAG. / BENJUMEDA 407 / LA HABANA, CUBA

MV 9/13/71

LOS COMPADRES

COMEDIA EN UN ACTO

EL TRAVIESO JIMMY

COMEDIA EN DOS ACTOS Y SEIS CUADROS

Primer Premio de Teatro

de los

Concursos Literarios

del

Ministerio de Educación

1951

PERSONAJES:

LILA  
ESTEFANÍA  
DOLLY  
LA ENFERMERA  
JIMMY  
LEONELO  
RAIMUNDO  
SIXTO  
QUESADA  
EL CAPITÁN

*Tripulantes; jamaquinos.*

La acción en La Habana y en Nueva Gerona, Isla de Pinos.

PRIMER ACTO

CUADRO PRIMERO

*Cámara. Hacia el proscenio, cortina oscura. Se supone un interior de la casa de Leonelo. Es de noche. A la izquierda aparece Leonelo, sentado. A su lado una lámpara de pie. Otro asiento pequeño para la Enfermera y no hay otros muebles. Sólo está iluminado el espacio que circunda la lámpara. El resto de la escena a oscuras. Leonelo dormita. Tal vez sueña sin estar dormido. Hace años que dejó atrás los cincuenta. Entra la Enfermera.*

LEONELO. *(Se sobresalta.)* ¿Quiere usted hacerme un favor?

ENFERMERA. Diga.

LEONELO. No me hable más de medicinas ni de inyecciones por hoy.

ENFERMERA. *(Consulta una libreta.)* Veré si puedo complacerlo.

LEONELO. ¿En la escuela de qué verdugo apendió usted su profesión?

ENFERMERA. No pierda energías.

LEONELO. Cuando se duerme deseo levantarle el vestido para descubrir en usted un rasgo simpático. De ese modo podría constarme su feminidad.

ENFERMERA. *(Cerrando la libreta.)* Exactamente. Por hoy está usted libre de medicamentos.

LEONELO. Parece que he de apurar todavía el de su presencia.

ENFERMERA. Por supuesto. Todos sus familiares me han encajado mucho que no lo deje solo. Se han ido. Hoy ha sido un día de mucha actividad social. Su hijo y la señora están invitados a comer fuera. Sus nietas, muy arregladitas, iban a no sé qué concierto.

LEONELO. Estoy informado de lo que hacen mis parientes.

ENFERMERA. De algo hay que hablar con usted.

LEONELO. ¿Qué le parecieron mis nietas? ¿No es cierto que están preciosas?

ENFERMERA. Los quince. A esa edad todas parecemos preciosas.

LEONELO. Lo dudo.

ENFERMERA. Mañana vendré provista de algunas fotos que lo harán rabiar.

LEONELO. No se moleste. Las reliquias demasiado antiguas me entristecen mucho.

ENFERMERA. ¡Usted sentimental! ¡Viejo ridículo! *(Se sienta frente a Leonelo, de espaldas al público.)* Leeré.

LEONELO. ¿Leer?

ENFERMERA. En algo hay que pasar la noche.

LEONELO. Juguemos a algo. A las cartas...

ENFERMERA. No sé.

LEONELO. Al ajedrez...

ENFERMERA. No sé.

LEONELO. Al dominó.

ENFERMERA. No sé.

LEONELO. ¿Qué hizo usted de la vida, señorita de mi alma, que llega al término de ella ignorándolo todo?

ENFERMERA. Sé aplicar inyecciones; hacer tragar píldoras; cuidar la temperatura; compartir las horas de soledad...

LEONELO. No se lo agradezco. ¿Y qué otras cosas?

ENFERMERA. No creo que a usted le importe mucho conocerlas.

LEONELO. No serían muchas. Por ejemplo, ¿sabe usted cortar una rosa?

ENFERMERA. ¡No voy a saber cortar una rosa!

LEONELO. ¡Mentira! No sabe usted hacerlo. Desprender una rosa sin que el rosal se dañe, sin que huyan las gotas del rocío aposentado en sus pétalos... ¡Ve usted qué cosa tan fácil! Pues no lo ha hecho nunca. Esos dedos secos, duros como garfios, que se clavan en mi carne cuando usted me inyecta, no han recibido nunca la caricia del pétalo de una rosa.

ENFERMERA. Basta ya de grosería. No conviene que exagere la nota. Leeré. *(Abre una revista.)*

LEONELO. Lea si le place; cualquier cosa ha de ser más entretenida que su conversación.

ENFERMERA. *(Hojeando.)* ¿Sección política? ¿Deportes? ¿Estudios sobre la importancia de la bomba atómica en el futuro de la humanidad?

LEONELO. Lo que prefiera. Escoja la materia que más le guste.

ENFERMERA. Aquí hay algo.

LEONELO. Lea, pues.

ENFERMERA. *(Leyendo.)* «Procedimiento técnico en la composición de las sulfas». ¿No es necesario que lea demasiado alto?

LEONELO. No. Con que lo oiga usted, basta. No se preocupe por mí. Espere. Sinceramente creo que ese artículo no me interesará mucho. ¿Habrá por ahí otra cosa, relativa a otra materia?...

ENFERMERA. ¿A cuál?

LEONELO. Digamos... al amor.

ENFERMERA. ¡Vamos, vamos! ¡Déjese usted de obscenidades! ¡Pídame que lea los comentarios que hay al pie de los desnudos artísticos! ¡Es lo único que nos falta! Confórmese con las sulfas.

LEONELO. Lea.

ENFERMERA. *(Comienza a leer. Su voz emite un sonido gutural, ininteligible. Leonelo apoya la cabeza en el respaldo. Cierra los ojos. No atiende la lectura. Se escapa en las alas de la imaginación hacia otras tierras, a otras edades.)*

LEONELO. Dígame. *(La Enfermera interrumpe la lectura. Una pausa.)* Nada... Iba a preguntarle algo, pero... ¡siga leyendo! *(La Enfermera prosigue con el sonido gutural que es su lectura. Después de unos instantes):* Oiga usted... perdone la interrupción. *(La Enfermera deja de leer. Una pausa.)* Le haré una pregunta que no tiene sentido.

ENFERMERA. Díga.

LEONELO. Nada de bromas, ¿eh? ¿Conoció usted a su madre?

ENFERMERA. *(En guardia.)* ¿Bromitas con mi madre ahora?

LEONELO. No.

ENFERMERA. *(Después de una pausa. Su voz es ahora tierna.)* Bueno, sí. Vive aún. *(Un silencio.)*

LEONELO. Hábleme de ella... *(Un silencio.)* No. Siga la lectura. *(La Enfermera prosigue. Nueva interrupción.)* ¿Es alta, como usted?

ENFERMERA. Sí. Esbelta, como yo. Ahora se encoge. Cada año que pasa la encuentro más pequeña.

LEONELO. Los años; es natural. Usted habrá olvidado cuál era el color exacto de sus cabellos...

ENFERMERA. Ahora, blancos. Eran casi negros.

LEONELO. ¡Casi negros! (Pausa.) La mía era esbelta también. ¿Ha visto un lirio en su tallo? Me olvidaba que usted no entiende nada de flores... Aunque no haya salido nunca de La Habana, supongo que habrá visto una palma alguna vez. Así era de alta y esbelta mi madre. Era, ¿sabe usted? Murió.

ENFERMERA. ¿Hace mucho?

LEONELO. Mucho. ¡Quién se acuerda! Era yo muy pequeño. Vivíamos entonces en Isla de Pinos, donde yo nací. La conocí poco. Cuando murió era yo muy pequeño; pero no lo bastante pequeño como para olvidarla completamente; porque la veo aún, como si la tuviera delante de mí. Usted no se ha fijado, estoy seguro, en las horas de la tarde cuando el sol se pone, en el rubio desvaído de sus rayos, filtrándose por el verdor de un ramaje, o hendiendo los intersticios de una ventana. Así era el rubio de sus cabellos... Eran largos. (Pausa.) Siga leyendo. (La Enfermera sigue con el sonido gutural de la lectura.)

ENFERMERA. (Deteniéndose al comprobar que no la atiende.) Dígame, Leonelo, ¿no le interesa el tema?

LEONELO. No mucho.

ENFERMERA. No está demás conocer las determinaciones de una composición de sulfas; así puede tenerse una idea de sus posibles aplicaciones. Sobre todo a usted, con sus achaques.

LEONELO. Pues, es claro. Continúe, que atenderé. (Sigue el silbido ridículo y molesto de la Enfermera. Sobre el mismo oye la voz de Leonelo): «¿Por qué cree esta estúpida mujer que yo pueda estar interesado en las sulfas? Y hoy precisamente...»

ENFERMERA. (Se interrumpe.) ¿Decía usted algo?

LEONELO. Nada.

ENFERMERA. Me pareció oír...

LEONELO. Exclamaciones de admiración que se le escapan a uno... ¡Es tan emotivo lo que usted lee!

ENFERMERA. (Sincera.) ¡Mucho! ¡Mucho! (Prosigue.)

LEONELO. (Sobre el acompañamiento gutural de la Enfermera.) Y hoy precisamente esta estúpida mujer cree que yo pueda interesarme en las sulfas, cuando siento cerca de mí como un desprendimiento de cuanto me rodea... ¿Serán los síntomas precursores de la muerte? Estoy viejo y enfermo... ¡Cualquier día! No tendría nada de extraño, después de todo. Mis nietas ¡son tan hermosas y buenas! Pero ¡qué caramba! Pronto serán mujeres; se casarán; tendrán hijos... Tendrán lo suyo. Yo tuve lo mío. No puedo quejarme... Es verdad que no te tuve a ti... que fue mi vida un paisaje agreste, al que faltó la nota plácida de un valle... Un valle apacible, cálido, pudo ser tu seno para mí, madre mía... ¡Oh, cuánto diera por saber como fuiste! ¿De verdad tus cabellos tendrían el rubio desvaído de los rayos del sol, en las horas de la tarde? ¡Quiero ver un rayo de sol, para «sentir» cómo eras, cabello largo de mi madre! ¿Qué me importa el mundo, mi vida misma? Todo lo tuve; todo lo diera: riquezas; las pocas horas que me quedan de aliento... los hijos, sí, mis propios hijos, por saber, madre mía... ¿cómo eras tú? Oh, ¿cómo eras tú? ¿Por qué no te conocí nunca? ¿Recuerdas cómo te llamaba de pequeño? Cada rincón del monte; cada arena del arroyo; cada ensenada del río, me vieron tender mis brazos hacia ti... hacia la nada. Toda la vida te he llamado, igual. Pero ¿cómo ibas a oírme si no podía llamarte por tu nombre? ¿Cómo te llamas, madre mía, si vives aún? Porque un nombre tienes que tener... ¿Julia? ¿María? ¿Esperanza? ¿Encarnación? ¿Estefanía? No. Estefanía es un nombre muy feo. Así se llamaba la esposa de un farmacéutico, allá en Nueva Gerona.

VOZ DE ESTEFANÍA. ¿De modo que mi nombre es feo, mal agradecido? Bastante que me lo chiqueabas cuando querías algo de mí. (Remeda): «Señora Estefaniíta, deme unos centavos para comprarme dulces». (Leonelo se ríe.) «Señora Estefaniíta, déjeme coger algunas toronjas de su finca, para venderlas en el muelle.»

LEONELO. Alma de mi alma, madre mía, ¡y no puede llegar a mis oídos, a través de los años, el eco de tu voz! Porque no te oí hablar nunca... «Leonelo... «Leonelo»... (Una pausa. Como si escuchara su propia voz.) «Leonelo»... No es posible; las cuerdas gastadas de mi voz no pueden darme idea de lo que será la tuya... Más, ¡el acento! ¿En qué fuerzas de amor se apoyarían tus labios,

para decir mi nombre? Mi nombre está inédito: yo no he vivido, porque tú nunca lo pronunciaste.

VOZ DE DOLLY. (*Voz grotesca; su acento es el peculiar de los jamaquinos.*) ¡Leonelo! ¡Leonelo!

LEONELO. (*Alarmado.*) ¡No! ¡Esa no es la voz tuya! Es la voz de Dolly, la negra criada del farmacéutico.

VOZ DE DOLLY. ¡Niño Leonelo!

LEONELO. ¿Qué quiere usted, señora Dolly?

VOZ DE DOLLY. Vení tú aquí... Ayudá a mí a llevá eta cesta de fruta...

LEONELO. No puedo ahora, señora Dolly; es la hora de la mañana, y me voy a lavar la cara y los pies en las aguas del río.

VOZ DE DOLLY. Vení acá, muchacho.

LEONELO. Usted está bien gorda, señora Dolly. No le hace falta ayuda para cargar su cesta de frutas... (*Transición.*) Señora Dolly, la ayudaré a cargar su cesta; la cargaré yo mismo... Todas las mañanas cuando usted salga para el mercado, la acompañaré para traerle su cesta... Usted podrá entretenerse y charlar y divertirse con sus paisanos.

VOZ DE DOLLY. ¿Qué quí tú ahora?

LEONELO. (*Suplicante.*) Sea buena, señora Dolly...

(*Se ilumina poco a poco la parte de la escena que estaba a oscuras. Bajo un haz de luz aparece la señora Dolly. Viste traje de muchos colores. Un pañuelo colorado le cubre el peinado. En la cabeza una cesta de frutas que sostiene con su mano derecha. La izquierda en la cintura, erguida. Una flor en la oreja.*)

DOLLY. No quieo que tú me preguntá ma lo de siempre niño.

LEONELO. No se vaya, señora Dolly.

(*Una pausa. Dolly está bajo la luz, como una estatua. Leonelo cierra los ojos; los aprieta, como para hundirlos en el tiempo. Sus dedos se clavan en los brazos del sillón. El silbido de la lectura de la Enfermera apenas se percibe. Muy lejana, comienza a oírse la voz de Leonardo, niño.*)

VOZ DE LEONELO NIÑO. (*Acercándose.*) Usted ha sido siempre muy buena conmigo... ¿Quién me busca ropa cuando no tengo qué ponerme? Usted. ¿Quién corta y arregla para mí los pantalones

viejos del doctor? Usted. ¿Quién me hace remedios cuando tenga un resfriado o una indigestión? Usted. (*Bajo el haz de luz, junto a Dolly, aparece Leonelo, de doce años, con ropas muy pobres y descalzo. Este Leonelo es el que continúa el diálogo.*) ¿Quién sube a los altos del almacén de la Aduana, en las noches de invierno, para saber si estoy bien abrigado y si tengo frío? Usted.

DOLLY. Señá Etefaní mandá a mí que te cuide.

LEONELO. Y a usted le gusta cuidarme, porque me quiere.

DOLLY. Etá bien... Déjame í, niño...

LEONELO. Entonces, debe decírmelo... No la molestaré más y me quedará tranquilito...

DOLLY. No sé ná...

LEONELO. ¿Cuántos años hace que llegó usted a la isla?

DOLLY. Va pa veinte años que ña Dolly salió de su Jamaica.

LEONELO. Nací en Isla de Pinos; usted nunca ha salido de Isla de Pinos... Luego entonces, usted tuvo que conocerla...

DOLLY. (*Tratando de salir del paso.*) Yo na sé, niño; yo na sé...

LEONELO. (*Desaliento.*) ¿Quién puede saberlo entonces? ¿Las aguas del río? ¿Las arenas del mar? Les he preguntado y no quieren responderme.

DOLLY. No piense má, niño. ¿Qué t'importa a ti sabé quién é tu mamá?... To el mundo te quí a ti: Sigue bueno. Vende tu toronja y la fruta que te regalá señá Etefaní. Y no piense má. Cuando tú sea grande, si tú ere niño bueno, el dotol te va llevá a la farmacia, pa que aprenda tú a hace «moginges. Y no piense má. Brinca, corre. . Lávate lo pie en e río, y no piense má...

LEONELO. Pero, señora Dolly, todo el mundo tiene su mamá y yo quiero tenerla...

DOLLY. To e mundo é hijo de Dió.

LEONELO. Pero Dios no es mi mamá. Dios está lejos, y yo la quiero a ella cerca de mí.

DOLLY. No sé a qué viene eso tuyo ahora... Durante año no t'acordaba d'ella.

LEONELO. Es que todo va cambiando para mí. Si usted supiera, los mogotes de mármol. Toda la vida los he visto delante de mí. Me parecían feos, cubiertos de maleza empolvada, a donde volaban a construir sus nidos los pájaros de la noche. Desde hace un tiempo,

muy poco, va descubriéndose, como si se desnudaran poco a poco a mi vista, y fueran mostrándome los destellos de sus vetas. Y así todo. A veces detengo mis saltos sobre las peñas, para mirar el infinito que hay detrás de las islas, y me pregunto: ¿Dónde termina el verde del mar y comienza el azul del cielo? Y va naciendo en mí como una alegría muy grande, pero que se muere en seguida, señora Dolly, porque no tengo a quién comunicársela. Por eso hoy, más que nunca, la necesito a ella.

DOLLY. No piense má, niño, pa que sete quite toa esa cosa e la cabeza.

LEONELO. Señora Dolly...

DOLLY. Ay... Ay... Ay... Déjame tú.

LEONELO. ¿Cuándo supo usted de mí por primera vez?

DOLLY. Ya te lo'e dicho... To lo vecino de Nueva Gerona te criaron... Un día tú taba aquí... Otro día tú taba allá. Aqué te regalaba un pantalón; l'otro una camisa...

LEONELO. ¿Y a nadie se le ocurría preguntar de dónde yo salía, quién me echaba al mundo?

DOLLY. Dió... ¿Quién que ve una fló entre la piedra d'un camino se le ocurre preguntá que quién la hizo? Dió. Dió lo hace to... El má... Lo fuego en la nube, n'el atardecé, cuando papá só se va a dormí. Lo lucero clavao en la noche: tó lo hace Dió. ¿Quié hizo a nã Dolly tan sandunguera y tan namorá? Dió. Dió. Dió t'izo a ti también...

LEONELO. *(El discurso de Dolly no lo ha convencido; se sienta en el suelo y apoya la cabeza en las rodillas.)* No saber... Es como sentir que a todas las horas nos llaman sin saber de dónde; como una sed que no sabemos qué agua ha de calmar... Todos los niños tienen sus padres... Hasta el potrero, una bestia que salta y retoza en el potrero, oye alguna vez el relincho de la yegua. Y véalo, como corre hacia ella, feliz. Pero cuando yo oigo mi inquietud, que es como una voz que solo yo escucho, no sé a donde ir, porque no sé de dónde sale... ¿De los montes? ¿Del mar? ¿De los cayos lejanos? ¿Tal vez del cielo? No sé... Y es la voz de mi madre que en algún sitio espera por mí. Tal vez me necesita. Y ¡cómo yo la quisiera! ¡Oh, señora Dolly, cómo voy a quererla cuando la encuentre!... Mi madre linda... ¡porque tiene que ser bella como todas las madres! ¡La en-

contraré! Recorreré la isla; me internaré en el monte; levantaré cada piedra de los manantiales de Santa Fe; llegaré hasta el reino verde de las cotorras parlanchinas; iré más lejos aún, hasta los manglares y tembladeras de la Siguanea; y más lejos aún, hasta la costa del Sur, donde la desolación esconde bajo tierra la plata y el oro. Y cuando toda la isla me haya dicho: ¡No!, me iré muy lejos, a Cuba, y allí la buscaré y la encontraré, porque esa isla es grande, grande, como si dijéramos miles y miles de cayos en uno solo.

DOLLY. Pa entonce ya niño Leonelo habrá olvidado lo que busca.  
LEONELO. ¡No!

DOLLY. Porque, cuatro o cinco primavera má, y lo pájaro de la juventú habrá empezao a cantá n'el corazón de niño Leonelo. Y pa entonce, otra será la voce d'inquietú que oiga; otro lo velero d'ala blanca en que niño Leonelo quiera viajá.

LEONELO. ¡Sus palabras me dan miedo! ¡Ella! ¡Siempre ella!

DOLLY. *(Después de una pausa.)* E posible, pero ña Dolly lo dudá...

*(Lentamente desaparecen la luz y las dos figuras. Hay una pausa sobre la que se oye el débil zumbido de la Enfermera. Está, al doblar una página, detiene la lectura.)*

ENFERMERA. ¿Se ha dormido?

LEONELO, ANCIANO. *(Una ligera crispación; después, repuesto.)* No.

ENFERMERA. ¿Está escuchando?

LEONELO. Sí.

*(Prosigue la Enfermera. Es ahora más apagada su voz. Se oye la de Sixto: «¡Estefanía!» Reaparece la luz hacia el lado derecho del escenario, bajo la cual está Sixto, en mangas de camisa, tratando de colocarse el cuello postizo. Estos personajes visten a la moda de la primera década del siglo.)*

SIXTO. ¡Estefanía!

ESTEFANÍA. *(Entrando.)* Espera, espera... Déjame que yo te lo abroche, que vas a romper el ojal... Levanta la cabeza Sixto, por favor.

SIXTO. No aprietes tanto. Cualquiera diría que quieres ahogarme.  
ESTEFANÍA. ¡Tienes unas cosas! ¡Es que estás engordando!

SIXTO. ¿Te importa mucho que engorde?



ESTEFANÍA. Preferiría que te mantuvieras delgado.

SIXTO. Ultimamente te fijas mucho mucho en mi apariencia... No creas que no he dejado de observarlo.

ESTEFANÍA. ¿Lo dices por lo que anoche te sugerí?

SIXTO. Tal vez.

ESTEFANÍA. Es necesario que aprovechemos la idea, aunque sea por conveniencia personal nada más. El que todos los empleados de la farmacia usen bata blanca nos dará... no sé... más «chic». Esta misma tarde pediré un modelo a La Habana. Levanta la cabeza, Sixto, por favor.

SIXTO. No puedo levantarla más.

ESTEFANÍA. ¡Ay, hijo, cómo estás engordando! Si no te sirve el cuello. *(Se lo quita; le pone otro que lleva.)* Verás qué bien vas a lucir con tu bata blanca. Estoy encantada con la idea.

SIXTO. Estefanía...

ESTEFANÍA. Sixto...

SIXTO. Estefanía, he observado que te interesa mucho mi apariencia personal...

ESTEFANÍA. Sí, Sixto...

SIXTO. ... desde que el señor Juan Quesada se hizo cargo de la Aduana de Nueva Gerona.

ESTEFANÍA. Ay, Sixto, qué cosas tienes... ¿A qué sacar ahora al señor Juan Quesada?

SIXTO. Parece que es una persona muy gentil...

ESTEFANÍA. Es amabilísimo... Y luego, tan «meticulosamente» limpio y presentable... Por cierto que usa en sus cuellos (siempre blancos como el azahar), unos botones de oro primorosos. En cuanto pueda pediré algunos a La Habana para regalártelos. ¿Ves? ¡Ya está! ¿Y la corbata?

*(La coge y se la pone.)*

SIXTO. Estefanía...

ESTEFANÍA. Sí, Sixto...

SIXTO. ¿En qué oportunidad has visto los botones de oro que usa en su cuello el aduanero Quesada, Estefanía?

ESTEFANÍA. Hace unos días, no recuerdo bien cuándo, tuvo la bondad de venir a enseñarme los últimos que ha recibido.

SIXTO. Nada me habías dicho de esa visita.

ESTEFANÍA. No tiene importancia.

SIXTO. De un tiempo a esta parte las cosas más serias carecen de importancia para ti.

ESTEFANÍA. ¿Lo has notado? ¡Es delicioso! ¡Me siento tan juvenil cuando logro despreocuparme por las cosas fútiles!

SIXTO. Puede ser que esas visitas... intempestivas del señor Quesada no sean «cosas fútiles»...

ESTEFANÍA. Pues es claro que lo son.

SIXTO. Tal vez... Quizá exagero... Alguna visita de tarde en tarde.

ESTEFANÍA. No son «de tarde en tarde». Son casi diarias, y por las mañanas, más o menos a esta hora precisamente, después que te vas para la farmacia. Déjame que te asegure ese botón. ¡Ay, Sixto, qué torpe eres! ¿Cómo te abrochas la camisa que te arrancas todos los botones?

*(Lleva prendida en la blusa una aguja con hilo. Asegura algunos botones de la camisa.)*

SIXTO. Estefanía...

ESTEFANÍA. Sí, Sixto...

SIXTO. Acabas de decirme que el aduanero Quesada es visita tuya casi diaria... ¡casi!

ESTEFANÍA. ¡Casi! ¡Todas las mañanas!

SIXTO. ¿Visitas formales? Quiero decir, si entra en la sala.

ESTEFANÍA. Nada de formales. Generalmente charlamos en la puerta, o en el jardín, bajo el emparrado de jazmines, como dos chiquillos.

SIXTO. Ah, si es bajo el emparrado de jazmines, casi están en la calle. Tú saldrás por la puerta de la cocina al jardín, a atender las plantas, o a bordar... y él saldrá a la puerta de la Aduana a descansar un poco... Se saludan y charlan un rato... ¡Es natural!

ESTEFANÍA. No. No son casuales nuestros encuentros.

SIXTO. Ah... son... deliberados.

ESTEFANÍA. Sí. Deliberados. ¡Es tan amable! Dice que necesita verme y hablarme todos los días; que mis palabras son reconfortantes como una taza de buen café.

SIXTO. Ah, si ha dicho eso no hay duda que es una persona muy amable.

ESTEFANÍA. ¡Amabilísimo! ¡Con las damas es amabilísimo! Ay, Sixto, no te muevas tanto, que voy a pincharte.

SIXTO. *(Después de una pausa; en arranque súbito de ira.)* ¡Pínchame! ¡Acábame! Ahí está, a dos pulgadas de tu acero; hiérole de una vez, para que deje de latir para siempre... *(Se recupera de inmediato.)*

ESTEFANÍA. Pero ¿qué estás diciendo?

SIXTO. *(Trata aún de recobrase.)* Nada. Es una broma.

ESTEFANÍA. Poca gracia tienen sus bromas.

SIXTO. Todos no tenemos la suerte de ser amables y simpáticos.

ESTEFANÍA. Algunas veces eres amable; simpático, nunca, claro está.

SIXTO. Por cierto, que el señor Quesada se está labrando una sólida reputación como humorista feliz. En la farmacia los clientes se entretienen contándose las historias chistosas de ese caballero.

ESTEFANÍA. ¡Es simpatiquísimo! Posee una locuacidad tan desbordante y oportuna; una manera tan hábil de hacer sus cuentos para que haga efecto el chiste en un momento determinado...

SIXTO. No quiero creer que sufres ataques de risa, como la negra Dolly, cuando el señor Quesada te refiere algunos de sus cuentos.

ESTEFANÍA. Sixto, por Dios, ¿cómo puedes pensar tal cosa? Los chistes del señor Quesada son... ¿cómo diría?

SIXTO. Subidos de tono...

ESTEFANÍA. Eso es... subiditos de tono, «con su puntica de verde», como dice él. Así que no puedo reírme. Los escucho porque son simpatiquísimos, eso sí; pero no me río. La decencia me obliga a permanecer seria, como insensible a sus gracias.

SIXTO. Pero en realidad, no eres «insensible a sus gracias».

ESTEFANÍA. Claro que no, si hace cuentos chistosísimos, como para morirse de risa.

SIXTO. Pero tú no te ríes.

ESTEFANÍA. No.

SIXTO. Es lo esencial. Las conveniencias...

ESTEFANÍA. Y hasta trato de fingir un poquito de disgusto.

SIXTO. Eso está muy bien.

ESTEFANÍA. Ya está. Apúrate ahora, que vas a llegar tarde. Tu desayuno está listo. ¡Qué mañana tan hermosa! *(Grita.)* ¡Dolly!

¡Me siento feliz, como nunca! ¿Y tú cómo te encuentras, pichoncito mío? No sé por qué me parece que estás malhumorado... *(Sixto se va. Entra Dolly.)* Dolly, por favor, abre todas las ventanas. Que entre el sol; que entre la brisa de esta maravillosa mañana de primavera.

*(Dolly baja el proscenio. La pantomima de abrir una ventana ideal que se supone frente al público. Cierra los ojos con embriaguez la negra, aspirando la brisa.)*

DOLLY. Uh... Anoche toa la flore de la sierra se han desprendió, y vienen como triturá n'el aire... ¡Mire uté qué só mañanero má rubio, señá Etefaní! ¡Mire uté qué claro etá to! Detrás de la goleta, lo cayó qu'etán lejo, se ven cerquita, como si ña Dolly lo tuviá'n la punta e la narí. Cuando papá só etá así, de buen humó, sin calentá mucho, ña Dolly tié gana de quitarse la ropa, pá corré desnúa sobre el lomo del má.

VOZ DE LEONELO, NIÑO. Señora Estefanía...

ESTEFANÍA. Entra, Leonelo.

LEONELO. *(Entrando.)* Perdóneme usted que la moleste.

ESTEFANÍA. *(Le arregla las cintas a un sombrero juvenil de anchas alas y múltiples adornos.)* Tú no molestas nunca. ¿Qué quieres ahora? ¿Toronjas de la finca, para venderlas a los hombres de la goleta? He dado órdenes, hijo mío, para que te dejen coger todas las frutas que quieras. ¿Qué vas hacer con el dinero que ganas? Vamos. Dime.

DOLLY. Niño Leonelo se tragá la lengua cuando etá elante la señá. Vamo, hablá, niño... Déjate e timidé, que la señá Etefaní e ma buena qu'el pan y se le pué pedí de to.

ESTEFANÍA. Cállate, Dolly. Déjalo a él. ¿Quieres unos centavos para comprarte alguna cosilla en la tienda?

LEONELO. No.

ESTEFANÍA. Vamos, habla, chico, que hay mucho que hacer por las montañas. Alcánzame esas tijeras, Dolly.

DOLLY. ¿Pa qué? ¿Pa cortá la cinta azú? No se la cortá.

ESTEFANÍA. Cuando se lo veas puesto verás que le queda mejor sin la cinta.

DOLLY. La seña Etefaní sé mu presionable, y se dejá llevá por toa la cosa que ve pintá en lo periódico de La Habana. A mí uté no queré reformá, porque ña Dolly nacé así y morí así.

ESTEFANÍA. ¿Quién va a quererte reformar, Dolly? Cállate la boca.

DOLLY. Ah, bueno... Vamo, niño... Habla d'una vé.

VOZ DE LILA. (*Acercándose.*) Tía, mi pamelá...

ESTEFANÍA. Ya está arreglada. Espérate, que la puedes llevar Pruébatela. (*Entra Lila.*)

DOLLY. Dígame si no etá mejó con la cint'azú, su cint'azú de terciopelo, anudá bajo la barbilla de rosa de niña Lila.

ESTEFANÍA. Ya no se usan esos nudos bajo la barbilla.

DOLLY. A niña Lila quedarle bien, qué lo principá.

ESTEFANÍA. A ver... ¿Ves? ¡Precioso! Pero, ¡qué linda te queda ahora! Mírate en el espejo. ¿Te gusta?

LILA. Sí. Luzco menos niña.

ESTEFANÍA. Esa es la idea, que vayas apareciendo menos niña. Ya tienes quince años. Tengo que reconocer que los últimos vestidos te dan un aire demasiado infantil. De eso tengo yo la culpa.

LILA. No diga usted eso, tía. Todos son muy lindos. Si oyera cómo me los celebran en el parque, a donde quiera que voy...

ESTEFANÍA. ¡Lindos! ¡Lindos! ¡Lindos son los modelos que voy a hacerte, apropiados para tu edad! Ay... Ay... Ay... ¡Cómo van a envidiar a mi sobrina las mamás de Nueva Gerona! Dolly, acuérdate que te he prohibido «terminantemente» que le digas a nadie de qué revista copio mis ideas. ¿Te desayunaste? ¿Y tus libros de música? Tráeselos, Dolly, haz el favor, para que ella no tenga que subir a buscarlos. (*Se va Dolly.*) Si hace mucho viento en la calle te lo ajustas un poco en la frente... Así.

LEONELO. Señora Estefanía...

ESTEFANÍA. Di de una vez, Leonelo, qué es lo que quieres.

LEONELO. Que me diga algo... (*Una pausa. Al fin se atreve.*): ¿Quién es mi...?

ESTEFANÍA. Ay niño, qué cosas se te ocurren. ¿Por qué insistes tanto en lo mismo? Eso no está bien. Ya tú eres mayorcito. Te hemos dicho todos que eso no se pregunta... que hay que conformarse con lo que Dios nos da.

LEONELO. A mí Dios no me ha dado nada. Si no la tengo a ella es como si no tuviera nada.

ESTEFANÍA. ¿No nos tienes a nosotros que te queremos?

LEONELO. Sí, señora Estefanía... Pero es que necesito que me digan... Y no sé por qué el corazón me dice que usted, que todos saben lo que quiero saber, y que me lo ocultan... ¿Es que... está muerta? Dígamelo, entonces.

ESTEFANÍA. No... Es decir, no sé responderte. Pero no hay una razón para que pienses que está muerta. Decididamente, lo mejor en este caso es que dejes de pensar en ella. Tal vez algún día te sea posible averiguar... o estés en condiciones de saber... ¡Ay Leonelo, no sé, no me martirices con tus preguntas! Anda, sé bueno; vete a la finca y llena tu cesta de limones y toronjas, para que se desayunen los tripulantes de la goleta.

LEONELO. (*Da vueltas en sus manos, tímido, a un raído sombrero de paja.*) Al menos, indíqueme usted... a quién debo dirgirme. ¿Cree usted que yo tenga algún pariente?

ESTEFANÍA. Creo que no debes esperar que te encuentres algún día a algún pariente.

LEONELO. Entonces, eso quiere decir que... usted sabe... que... yo «soy» solo en el mundo.

ESTEFANÍA. Anjá. (*Rectifica.*) Bueno, solos en el mundo nunca estamos; siempre hay alguien que nos quiera; o algo qué querer. Cuando te sientas muy desposeído, piensa en el caso de Lila, que desde muy niña se quedó sin padres.

LILA. Se lo he dicho, y que no debemos desesperarnos; y que la vida es hermosa y buena; y que si mucho sufrimos, mucha puede ser la compensación, si sabemos buscarla.

LEONELO. No quiero compensación, ni quiero nada... Sino a ella. Dígame, señora Estefanía, ¿cree usted posible que algún día venga de fuera alguien que no está ahora en la isla, y que no conozco, que pueda decirme lo que quiero saber...?

ESTEFANÍA. Es posible... (*Transición.*) Leonelo, hijo mío... (*Se enjuga ahora la frente con el delantal.*)... no esperes nada... ¡nada! Ni hagas preguntas... ¡a nadie! Nadie te podrá responder... ¡Ay de ti, hijo mío, si te dan una respuesta!

LILA. ¡Tía!

ESTEFANÍA. Leonelo, me pones nerviosa con tantas preguntas y no sé lo que digo. Vive. Sé bueno. Trata de ser feliz... Y cuando sientas algo así como la nostalgia de alguien, piensa en otros niños que tampoco han tenido mamá, en Lila por ejemplo.

LEONELO. Es distinto. Cuando Lila siente esa nostalgia de alguien, se va al cementerio, y le lleva muchos ramos de campánulas y siemprevivas, que yo le ayudo a cargar en mi cesta.

ESTEFANÍA. Bueno. ¡Ya está! No hablemos más de eso. Raimundo...

*(Entra Raimundo, un joven sobre los veinte años. Es más bien de tierra adentro que de la costa; su indumentaria es pobre, pero muy cuidada, como de quien procura causar buena impresión con pocos medios. Su físico lo ayuda a conseguirlo. Apenas puede disimular su turbación. También le da vueltas al sombrero, el suyo muy limpio.)*

RAIMUNDO. Buenos días, señora.

ESTEFANÍA. Buenos días, Raimundo.

RAIMUNDO. Buenos días, Lila.

LILA. *(Se ha ruborizado.)* Buenos días, Raimundo.

RAIMUNDO. *(La presencia de Leonelo lo salva. Tiene oportunidad de disimular su timidez. Le pone la mano en la cabeza y le devuelve el pelo. Parece ahora un joven muy desenvuelto y dueño de sí.)* ¿Que pasa, Nelote?

LEONELO. ¡Aquí, Mundote!

RAIMUNDO. *(Se lleva la mano extendida a la cabeza con el pulgar en la sien. Sin duda es una señal que significa algo muy gracioso para los dos amigos.)* «¿Qué hubo?»

LEONELO. *(Responde a la señal, repitiéndola.)* «¿Qué hubo?»

*(Esto le ha hecho mucha gracia a Raimundo. Brillan un momento sus dientes, en una carcajada breve, sonora. Hasta Leonelo tiene que reír, con risa un poco triste. Apenas puede ocultarla en el pecho, avergonzado. Está a punto de taparse la cara con el sombrero.)*

RAIMUNDO. ¿Qué pasa que ya no vas por Mc Kinley?

LEONELO. Una tarde de éstas iré.

RAIMUNDO. Anda, ve pronto, y te llevo de caza, para que veas qué escopeta más macanuda me ha regalado Mr. Harding. Y después, por la noche, nos vamos a Santa Fe para... *(Repite la gracia de la mano extendida en la sien.)* «¿Qué hubo?»

LEONELO. *(Vuelve con el signo. Se trata sin duda de una diversión inocente, muy graciosa para ellos.)* «¿Qué hubo?»

*(Vuelve la carcajada de Raimundo, y la risa vergonzante de Leonelo.)*

ESTEFANÍA. *(Un poco molesta.)* Raimundo, tuvo usted mucha suerte de encontrarse aquí a Leonelo, si venía buscándolo.

*(Cesan las risas. Raimundo pierde su aplomo. No se atreve a hablar. Al fin):*

RAIMUNDO. No venía... se puede decir... con la única idea de ver a Leonelo... En primer lugar... se puede decir... venía con la idea de ver a ustedes, y saludarlas.

ESTEFANÍA. Muchas gracias.

RAIMUNDO. Y en segundo lugar... se puede decir... que venía a... como la señorita Lila todas las mañanas va a su clase de música... y yo tenía que ir hoy a una diligencia... cerca de Bibijagua... que es por el mismo camino... pensé que...

ESTEFANÍA. Ah, eres muy gentil, Raimundo. *(Bajo a Lila.)* Lila, por Dios, sé amable; dile algo...

LILA. ...¡Bueno!

ESTEFANÍA. Me parece muy bien. Lila y yo te agradeceremos mucho tu amabilidad.

RAIMUNDO. *(Satisfecho.)* Yo puedo llevarle los libros...

LILA. ¡Si él así lo desea!...

*(Entra Sixto, poniéndose la chaqueta.)*

SIXTO. *(A Estefanía.)* Tengo que decirte algo. Buenos días.

RAIMUNDO. Buenos días, doctor.

LEONELO. Buenos días, doctor.

ESTEFANÍA. *(Baja a primer término con Sixto, ayudándole a ponerse el saco.)* Tú dirás.

SIXTO. Tengo que decirte algo muy serio, muy en serio... Jamás he hablado tan en serio.

ESTEFANÍA. Me asustas. ¿De qué se trata?

SIXTO. He tomado una decisión.

ESTEFANÍA. Estoy intrigadísima *(Sin ironía.)* Si te has decidido a algo, es porque se trata de una cuestión de importancia extrema.

SIXTO. En efecto. Se trata de nuestra felicidad. Rectifiqué: de algo que está primero que nuestra felicidad: mi honor.

ESTEFANÍA. ¿Que tu honor? ... ¿Sabes lo que dices?

SIXTO. Sí. Mi honor está primero que nuestra felicidad.

ESTEFANÍA. Entonces, ¿qué significa para ti? *(Se insulta.)* Me hieres. Jamás pensé que pudieras lastimarme de ese modo.

SIXTO. Y como mi honor está antes que nada... incluso «antes que nuestra felicidad»...

ESTEFANÍA. No lo repitas, que no voy a poder contenerme...

SIXTO. He decidido defenderlo.

ESTEFANÍA. ¿Defenderlo? Tu honor no está en peligro.

SIXTO. Lo está.

ESTEFANÍA. ¡Sixto!

SIXTO. ¡Estefanía!

ESTEFANÍA. ¡No levantes la voz que nos están oyendo!

SIXTO. No me importa que me oigan. Así que he decidido ¡oyelo! ordenarte...

ESTEFANÍA. ¿Ordenarme?

SIXTO. Sí, te lo ordeno...

ESTEFANÍA. Oh...

SIXTO. Que rompas toda relación de amistad con el señor Quesada.

ESTEFANÍA. ¡Oh! *(Golpe de llanto.)*

SIXTO. Ni una palabra más. ¡Ya lo sabes!

ESTEFANÍA. ¡Cruel! ¿Cómo voy a poder soportar este golpe?

SIXTO. Se acabaron las visitas matinales...

ESTEFANÍA. ¡Sonríe! ¡Sonríe! ¡Que nos está mirando! ¡Tienes polvo en el saco, querido, déjame sacudírtelo!

SIXTO. ¡Se acabaron los cuentos subditos de tono!...

ESTEFANÍA. ¡Oh!

SIXTO. Porque creo, Estefanía, que si algún día te veo perder la compostura, y que, con un ataque de risa, como los de la negra Dolly, premias el humorismo de ese caballero... soy capaz, Estefanía...

ESTEFANÍA. Si te he asegurado que nunca me he reído; que por muy chistosa que haya sido la historia, he sabido contenerme y respetar las conveniencias...

SIXTO. Pero, hay que evitar. Puede ser que algún día trajera una historia más chistosa que las habituales, y que tú, mujer al fin, flaquearas...

ESTEFANÍA. ¡Nunca!

SIXTO. Ni una palabra más.

ESTEFANÍA. ¡Tirano!

*(Sixto se ha puesto el sombrero que Estefanía le entrega, y se dispone a marcharse. Se acerca a Lila y la besa en la frente.)*

LILA. Hasta luego, tío.

*(Se acerca a Estefanía, para el cotidiano beso de despedida.)*

ESTEFANÍA. *(Muy bajo, al recibirlo, para que sólo él la oiga):* ¡Tirano! *(Se va Sixto.)*

RAIMUNDO. *(Debe decir algo.)* Me han dicho que la señorita Lila está muy adelantada en sus estudios.

ESTEFANÍA. Mucho. La profesora está sorprendida de su talento musical.

RAIMUNDO. Y me han dicho también que tocará en la próxima velada del Liceo.

ESTEFANÍA. Sí. Ya es hora de darla a conocer al público. Creo que tenemos en Lila una futura gloria de Cuba.

RAIMUNDO. Yo siempre lo dije, que Lila es una gloria.

ESTEFANÍA. Es genial... ¡Si oyera usted cómo toca «La Lisnjera».

LILA. ¡Tía!

ESTEFANÍA. No seas tan modesta, Lila, que la tocas muy requetebién.

LILA. Oh, tía, todavía me equivoco algunas veces.

ESTEFANÍA. Es una obra tan difícil... Sepa usted, Raimundo, que sólo pueden tocarla los virtuosos.

RAIMUNDO. Si es una que estaba tocando la señorita Lila la otra noche, es muy difícil, y muy hermosa. Yo pasaba por la plaza y la oí.

ESTEFANÍA. Dificilísima... Es una que dice: tan... tan... tan... tan... tan... tan...

RAIMUNDO. Esa misma.

ESTEFANÍA. Tan... tan... tan... tan... tan... (Va a continuar, pero en ese momento llama su atención algo que ha visto a través de la ventana, en la plaza. Dolly ha entrado con libros.) Dolly ¿qué es eso que brilla tanto?

DOLLY. (Acercándose a primer término. Se supone que la plaza se encuentra en pleno patio de lunetas.) ¿Dónde?

ESTEFANÍA. Allí, en medio de la plaza, sobre el borde posterior de la fuente...

DOLLY. Ya... Ya... ¡Mi Dió! ¡Cómo brillá!

ESTEFANÍA. ¡Ciega! Es como un espejo que devolviera los rayos del sol.

DOLLY. Decí ma bien qu'é como un pedazo de só que hubiá caí n' el medio de la plaza... Y se mové... El viento lo mové...

ESTEFANÍA. Espera... Si son rizos de una cabeza rubia. Es alguien que está sentado detrás de la fuente, y cuyo cuerpo no podemos ver.

DOLLY. Mire uté... Ahora se levantó... Etá mirando pa'ca.

ESTEFANÍA. Si es un joven...

DOLLY. Mire uté que ojo... Azule como el cielo d'un día claro.

ESTEFANÍA. ¿Quién será? Está vestido con ripios. Parece un vagabundo.

DOLLY. ¡Y que buen mozo él! ¿Qué mujé lo habrá parío?

ESTEFANÍA. No parece de la isla. Venga usted, Raimundo. ¿Sabe quién es?

RAIMUNDO. (Se acerca.) Estuve hablando con él esta mañana. Me preguntó si le sería posible conseguir algo que hacer, porque quiere trabajar. Llegó anoche a la isla. Me dijo su nombre: Jimmy.

ESTEFANÍA. Acércate a la ventana, Lila, para que lo veas.

(Una pausa.)

(Leonelo, anciano, abre los ojos sobresaltado, casi con horror. La Enfermera mäsita su lectura. Al otro lado del escenario, bajo la luz y hacia el proscenio, detrás de la ventana ideal, y en fila india, como mirando a la plaza, están Dolly, Estefanía y Raimundo. Al fondo Lila y Leonelo, niño. Estas cinco figuras quedan insertas en el recuerdo, rígidas.)

LEONELO, ANCIANO. (Desde su asiento.) No... No vayas, Lila... que es él. (Desaliento.) ¿Por qué tuvimos que verlo? ¿Por

qué está abierta la ventana? ¿Por qué la noche antes, cuando llegó a la isla, no se fue hacia los barrios del interior, a ver si se moría de hambre, perdido en los bosques de Santa Bárbara, o se ahogaba en los pantanos de Mc Kinley? Pero se quedó en la costa. Y allí estaba, junto a la fuente de la plaza, como esperando por nosotros, buena gente que de todo nos sorprendíamos... Y estás deseosa de mirar... Observo en tus labios un temblor que no es rencor ni miedo... ¡Nunca pude comprenderte, Lila! Ve a la ventana.

(Pierden la rigidez las figuras. Leonelo, anciano, vuelve a colocar su cabeza en el respaldo del asiento. Lila y Leonelo, niño, se acercan a la ventana. Quedan detrás de Raimundo. Los cinco miran hacia la plaza.)

ESTEFANÍA. ¿Qué clase de persona será? Con estos extranjeros hay que tener mucho cuidado. A lo mejor es un aventurero de esos que andan por las islas, llevándose lo primero que encuentran... Nos está mirando fijamente. Parece que le molesta que lo observemos. Pero... ¿qué hace ahora?

(De pronto, gesto de estupor en los cinco personajes. Dolly rompe a reír con estridentes carcajadas.)

DOLLY. ¿Que qué hace? Etá sacándono la lengua...

ESTEFANÍA. ¡Cierra, cierra la ventana!

DOLLY. No lo merecemo por curioseá... ¡Qué gracia tié!

ESTEFANÍA. ¡Cierra, cierra la ventana, Dolly! Y no te rías más... Ese joven es un grosero y un mal educado.

DOLLY. ¡Ay, pero qué bueno etuvo!... ¡Si ña Dolly no púe aguantá la carcajá!...

ESTEFANÍA. ¡Que cierres la ventana te he dicho!

DOLLY. No pueo... Ña Dolly se tié que aguantá el vientre, porque si no se va a deternillá de risa.

(Siguen incontenibles las carcajadas. Sobre la risa de Dolly comienza a oírse la voz de los tripulantes de la goleta; potentes voces marineras, borrachas de whisky y mar.)

VOCES. (Cantando.)

Casey would waltz with  
a strawberry blond,  
and the band played on,

*He'd glide cross the floor  
with the girl he adored,  
and the band played on...*

(Las voces se acompañan con una armónica y un acordeón. Marcan el ritmo vivamente. Se complacen en descargar sobre el tiempo fuerte del tres por cuatro toda la furia del vivir. Se unen a las de los tripulantes voces de negros jamaíquinos.)

ESTEFANÍA. ¡Qué horror! Se han vuelto a emborrachar los tripulantes de la goleta... Lila, no salgas ahora.

DOLLY. ¡Qué música má linda, seña Etefani! ¡Qué música má linda!

ESTEFANÍA. (Mira por la ventana.) ¡Dios! Esas mujeres jamaíquinas no tienen pudor... ¡Están bailando en la plaza!

DOLLY. Ay, seña Etefani, pero é qu'ete ritmo no se pué aguantá... (Canta):

*...and the band played on.  
But his brain was so loaded...*

ESTEFANÍA. ¡Dolly!

DOLLY. ¡Ña Dolly no pué aguantá! (Se quita la flor de la oreja y baila.)

ESTEFANÍA. ¡Dolly!

DOLLY. Ña Dolly nacé en Jamaica... ¡Ña Dolly no pué aguantarse cuando oí e rimo d'un wa! (Hace mutis, bailando con la flor en la mano.)

ESTEFANÍA. ¡Dolly! (La llama ahora desde la ventana.) ¡Dolly! ¡Ven acá!

(Siguen oyéndose las voces potentes de tripulantes y jamaíquinos):

*Casey would waltz with  
a strawberry blond  
and the band played on...*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Una plaza en Nueva Gerona. En el centro, fuente de mármol. Al fondo el muro del muelle; detrás una goleta de tres palos con las velas recogidas. Escalones de madera llevan de la calle al muro, desde el que se puede saltar fácilmente a la goleta. A la izquierda (del actor) un edificio de mampostería de dos plantas. En la baja se encuentra la oficina de la Aduana, con puerta a la plaza. El piso alto está en ruinas; fue un almacén, ya abandonado, al que algún huracán arrancó el techo. Ventana sobre la plaza. Un corte transversal (ruina del muro) permite ver al público el interior del almacén: paja por el suelo, cajonés, etc. A la derecha del escenario, fondo de una casa tipo bungalow de dos plantas, rodeada de un jardín, que está separado de la plaza por una cerca de piedra o madera, muy baja, con su puerta correspondiente. En el jardín, algunos árboles y plantas con flores. Mesa y dos sillas bajo un pabellón de jazmines. En la planta baja del bungalow, puerta y ventana que dan al jardín; en la alta, pequeña terraza que conduce a la habitación de Lila. Plantas trepadoras rodean esta terraza. Fuerte contraste entre la limpieza y modernidad del bungalow con la decrepitud y suciedad del edificio de la Aduana que tiene enfrente. Dos faroles de gas: en la esquina del bungalow y en la pared de la Aduana. Al fondo de la plaza, y corriendo delante del muro del muelle, una calle cuyos extremos opuestos se pierden detrás de la Aduana y del bungalow.

Como este set puede estar montado detrás de la cámara sobre el proscenio del primer cuadro, la mutación ha de ser brevísima. Durante la misma han seguido oyéndose las voces de tripulantes y jamaíquinos.

Al levantarse el telón están éstos en escena. Los tripulantes, borrachos algunos, en la goleta y en la plaza. Son de tipo nórdico. Uno toca el acordeón suspendido en las cuerdas de un obenque. Los jamaíquinos bailan, Dolly entre ellos. Estefanía aparece en la ventana del bungalow. Grupos de curiosos. En el centro Jimmy. Está encaramado en la fuente y golpea el compás con las manos.

Los que cantan:

*He'd ne'er leave the girl  
with the strawberry curl,  
and the band played on...*

JIMMY. ¡Arriba! (Al de la armónica.) ¡Ye, tú, dale más rápido a la lengua! ¡Eh, gringo; no te agarres tanto de esa negra, que no es un salvavidas!... «...and the band played on»... Ven tú acá, negra, tú, tú... la de las nalgas grandotas, que vamos a bailar... (Dolly, sin dejar de bailar se acerca a Jimmy.) Alabado negra, ¿de dónde te robaste ese sandungueo?

DOLLY. ¡Qué sinvergenza ere tú, pelo de só. (Baila con Jimmy.) ¡Ay! ¡Ay! ¡No dé ma vuelta, que ña Dolly se vá a mareá!

JIMMY. ¡Marca el compás, negra! ¡Marca el compás!

DOLLY. Señá Etefaní; Señá Etefaní... Mire uté... Ete é e señó que sacó la lengua... E candela bailando...

(Estefanía, indignada, se esconde, cerrando la ventana con estrépito. Al fondo, por una escotilla de la goleta, surge la impresionante figura del Capitán, alto, fornido. Está borracho; apenas puede sostenerse en pie. Lleva una botella en la mano.)

CAPITÁN. (Acento extranjero.) ¡Ey! todos los vecinos de este pueblo... todos los tripulantes de esta cochina goleta, ¡atiéndanme! (Nadie le presta atención.) ¡Ey, señores! Les dirige la palabra el Capitán... ¿A qué se debe ese desorden? ¿No saben ustedes que una severa disposición aduanal prohíbe el uso de bebidas alcohó... (Se traba) alcohó... ¡alcohólicas! en la zona de los muelles? ¡Ey, cochinos tripulantes de mi cochina goleta! ¡Ey, jamaquinos y caimaderos! ¡Basta ya de jolgorio! ¡Nadie puede beber! ¡Nadie! Ni yo mismo; ni el mismísimo Capitán puede beber... ¡A lavarse la cara los negros! ¡Lagañosos! ¡El lomo al trabajo los tripulantes! ¡Borrachos!

(Baja la escala de madera tambaleándose. Dejan de cantar y bailar. Los tripulantes suben a la goleta y desaparecen. Dolly, los jamaquinos y curiosos, se alejan por las calles. Queda Jimmy, sentado en la fuente. El Capitán, dando traspíe atraviesa la plaza y se aleja

por una lateral. Tan pronto deja de oírse la música, y mientras se desintegran los grupos, oyes el pregón de Leonelo: «¡Toronjas! ¡Limonos y toronjas!» Entra Leonelo.)

JIMMY. Toronjero, ven acá.

LEONELO. (Se acerca, pone la cesta en el suelo.) ¿Cuántas quiere?

JIMMY. Dime el precio de las toronjas.

LEONELO. Puedo dar una docena por veinte centavos..

JIMMY. ¿Y para qué quiero tantas? ¿Crees que voy a hacer dulce con ellas?

LEONELO. Puedo dar media docena por diez centavos.

JIMMY. ¿Quién se come media docena de toronjas?

LEONELO. Compre limones, entonces; son más pequeños y se comen con más facilidad. Así puede comprarme una docena.

JIMMY. No me desayuno con limones, sino con toronjas. A ver, ¿cuánto me cobras por la mitad de media docena?

LEONELO. Usted lo sabe: cinco centavos.

JIMMY. ¡Y no hay rebaja para estas mas pequeñas?

LEONELO. Todas tienen el mismo precio.

JIMMY. Déjame examinarlas... No me gustan. Esta no está hecha aún; la recogieron antes de tiempo. Esta está pesada... ¿De dónde recogiste estos desperdicios, muchacho? Sigue, sigue tu camino, que no vas a estafarme con tus toronjas...

(Leonelo recoge su cesta, y se va pregonando. Al llegar al fondo de la plaza se vuelve. Escoge una toronja y se la entrega a Jimmy.)

LEONELO. Coja usted; no le cuesta nada; se la regalo.

JIMMY. ¿Quién te la pidió? ¿Crees que no tengo dinero para comprarla?

LEONELO. Quiero que usted compruebe que no son desperdicios.

JIMMY. Veremos.

LEONELO. Voy a pelarla...

JIMMY. Bueno...

LEONELO. (Saca un cuchillo de trabajo.) Porque me parece...

JIMMY. ¿Te parece qué?

LEONELO. (Sonreído)... que usted no sabe nada de toronjas.



JIMMY. ¿Te crees muy listo, eh?

LEONELO. ¿Listo? No sé nada de nada. No voy a la escuela.

JIMMY. Ni falta que te hace. La escuela es un lugar muy fastidioso.

LEONELO. Pienso ir, cuando sea mayor y tenga un trabajo con que pagar mis clases. Trabajaré de día y estudiaré por las noches.

JIMMY. ¡Qué tonto eres! ¿Qué vas a aprender en una escuela? (*Agitando los dedos.*) ¡Ahí tienes la tabla de multiplicar. ¿Geografía? (*Tocándose las piernas.*) Esto es el mejor mapa. ¿Historia? Inventiones y sandeces. ¿Gramática? Mira cuál es la mejor gramática: (*Saca la lengua.*)... y (*Se señala el corazón.*)... ya tú sabes: con esto se conjuga el verbo «amar» ¿Ya aprendiste a conjugarlo?

LEONELO. No.

JIMMY. ¿Qué esperas? Yo a tu edad ya había roto un mundo.

LEONELO. ¿Había roto qué?...

JIMMY. Nada. Que eres un tonto si quieres dedicar tus noches al estudio. Las noches se han hecho para otra cosa. ¿Sabes para qué?

LEONELO. (*Un poco sorprendido.*) Para dormir, principalmente.

JIMMY. (*Con desprecio.*) Bah... No me gustas, porque eres muy tonto.

LEONELO. (*Termina de pelar la toronja y se la entrega amoscado.*) Coja su toronja.

JIMMY. ¿Te pesa habérmela ofrecido?

LEONELO. No sé. Creo que no. Adiós.

JIMMY. Espera. ¡Está muy rica! ¡No son desperdicios, caramba! ¡Me había engañado! Pero ¡qué buena está!

LEONELO. Me alegro que le guste. Adiós.

JIMMY. Oye... (*Una pausa.*) ¿Sabías que no tenía dinero para comprártela?

LEONELO. (*Indeciso.*) Sí.

JIMMY. ¿Qué sentiste por mí? Dímelo.

LEONELO. No sé bien.

JIMMY. ¿Qué sentiste?

LEONELO. Pues, que yo podía ser usted, y que me habría gustado que alguien me hubiera ofrecido una toronja. Pero yo no lo habría llamado tonto.

JIMMY. No lo tomes en serio. Estaba bromeando, ¿no lo comprendiste? Eres muy buen muchacho y por eso me gustas. ¿por qué supiste que no tenía dinero?

LEONELO. Me lo supuse. Usted le dijo esta mañana a Raimundo que necesitaba trabajar. Además, la señora que vive en esa casa, y que es muy inteligente y conoce muy bien a las personas, dice que usted es un vagabundo.

JIMMY. (*Extraña voz.*) ¿Conque eso opina de mí esa señora?

LEONELO. No le tendrá usted odio por eso...

JIMMY. Claro que no.

LEONELO. Además, ser un vagabundo no es una cosa mala. Un vagabundo es una persona que camina mucho, en busca de trabajo o de alguna otra cosa. Y naturalmente, como no conoce en los lugares por donde pasa, no tiene con qué comer, ni dónde dormir. Yo mismo voy a ser un vagabundo. Cuando sea mayor, y si no encuentro en la isla una cosa que deseo, me voy a ir a buscarla por los cayos, y por otras tierras.

JIMMY. (*Un poco de ensueño.*) ¡Vagabundear! Hoy un país, mañana otro. Caras nuevas todos los días. Nuevas siempre las únicas palabras que sabes; un éxito constante para los únicos recursos que empleas en cada caso. Sentirte distinto, no obstante ser el mismo de siempre. Eso es ser vagabundo. Y en cuanto a mujeres, un hambre nunca satisfecha, porque es un apetito siempre despierto. Rubias aquí; morenas allá; atrevidas como cocottes, que sonriendo te muestran el tobillo; o tímidas gacelillas que bajan hasta el mentón, cuando se ruborizan, la cortina de sus pestañas. ¿Cuáles son las que más te gustan?

LEONELO. (*Molesto.*) No sé... Tengo que irme.

JIMMY. Dímelo; tengo curiosidad por saberlo. (*Enfermizo interés.*) No sabes cuánto me gustaría que me hablaras de tus preferencias. Porque no vas a hacerme creer que todavía... ¿eh?

LEONELO. (*Indeciso.*) No sé.

JIMMY. Tú sabes... ¿Nunca?

LEONELO. (*Sin saber lo que contesta.*) Nunca.

JIMMY. ¿Por qué se te aguan los ojos? ¿Por qué tiembles, chiquillo? ¿Es verdad que nunca... ¡nunca!... ni siquiera con alguna

jamaquina, de esas que he visto desnuda en el río, con los pechos al aire?

LEONELO. Tengo que irme.

JIMMY. (Lo agarra por un brazo.) No te vayas aún. Sigamos hablando. Verás que buenos amigos seremos.

LEONELO. ¡Suéltame! No quiero ser amigo de usted. Usted... (Le duele ofenderlo.) ... es una mala persona.

JIMMY. (Soltándolo.) Está bien. Jamás me he sentido más despreciado ni más dolorido. Porque soy un ignorante y no supe comprender que tú eres distinto; porque quise hablar para ganarme tu amistad y dije majaderías, se me desprecia. No te detengo más. Perdóname si te ofendí. Haces bien en no querer ser amigo de un aventurero; soy una persona muy mala, es cierto, y podría pegársete mi maldad. Además, soy una persona muy melancólica y muy pobre, y podría pegársete mi pobreza y mi melancolía. (Una actitud de compunción. Leonelo ha recogido su cesta y se dispone a irse.) Al pobre extranjero que llega de tierras lejanas, con los bolsillos al aire, porque es pobre, todos lo desprecian. (Leonelo no se decide a irse. Se considera culpable, de cierto modo.) ¡Oh, la amargura del hambriento de una palabra de paz, que sólo oye voces hostiles a su alrededor!

LEONELO. (Balbuceando.) Cuando le dije... aquello, no pensé... que le haría tanto daño.

JIMMY. No importa. Estoy acostumbrado a esto. Es el trato que recibo a dondequiera que voy. Algunos seres venimos al mundo bajo un signo adverso. Y el mío es oscuro... oscuro. Anda, vete. No te detengas más al lado mío. Eres de natural compasivo, y mis muchas tristezas pueden herir tu conmiseración. Te quedarías a mi lado. Y no te conviene. Huye de los hombres tristes.

LEONELO. Me parece que usted, por suerte, no es hombre que esté siempre en ese estado de ánimo... A lo mejor me equivoco. No es que dude de sus palabras, entiéndalo bien...

JIMMY. Sí, ya sé. Pero puedes asegurarlo: mi tristeza es perenne; la llevo escondida, agarrada frenéticamente, como una mala planta. Cuando me río o me divierto, es que estoy tratando de arrancármela, inútilmente. Y ¡oh! ¡cómo se exagera mi constante aflicción cuando me hieren como tú me has herido! Siento entonces toda la medida de mi desamparo. (Una pausa.)

LEONELO. (Pone la cesta en el suelo. Escoge una toronja y se la ofrece.) ¿Quiere... otra toronja?

JIMMY. (Más compungido que nunca.) Bueno. Pélala.

(Leonelo pela la toronja; sale Quesada a la puerta de la Aduana. Es menos joven de lo que él trata de aparentar. Se sorprende de no encontrar a una persona determinada en el jardín del bungalow. Atraviesa la plaza, abre la verja y penetra en el jardín. Antes de llamar a la puerta del bungalow se acicala convenientemente. Jimmy lo observa. Se abre la puerta y aparece Dolly.)

QUESADA. Buenos días.

DOLLY. Mu bueno día, señá Quesada. ¿Qué se ofrece a uté?

QUESADA. ¿Duerme aún la señora Estefanía?

DOLLY. ¿Cómo se le curre pensá qu'eta hora iba a etá metia'n la cama la señá Etefaní? Ella se levanta con el só.

QUESADA. Lo sé, simpática Dolly. Tu señora Estefanía es como esos capullos que abren siempre a las primeras caricias del alba. Siempre a esta hora ya está ella en el jardín, haciéndole compañía a sus hermanas, las flores. Por eso me ha extrañado no verla hoy. ¿Se encuentra indispueta?

DOLLY. Ña Dolly no sabé. Ña Dolly va a preguntá.

(Se va Dolly, cerrando la puerta. Quesada se arregla la corbata. Una pausa. Vuelve Dolly.)

DOLLY. Señá Etefaní no pué salí hoy.

QUESADA. ¿Es cierto entonces que se encuentra indispueta?

DOLLY. Ñá Dolly no sabé. Ñá Dolly no pué adiviná.

QUESADA. Me desasosiego, Dolly. Sólo por enfermedad puede tu señora Estefanía dejar de salir al jardín una mañana. Bien sabe el sol que la tierra espera el calor de sus rayos. Estoy intranquilo. Anda, hazme el favor. Corre. Indaga. Y que vuelva a mí la quietud con tu respuesta.

DOLLY. ¿Por qué no se va el señó y volvé otro día? La señá Etefaní no podé salí hoy.

QUESADA. Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dolly? ¿Por qué? No me dejes con esta punzante duda.

DOLLY. Señá Etefaní encontrarse arriba'n su habitación, y no pué bajá.

QUESADA. Pues, sube tú; sé el heraldo de mi salutación y la proclama de mi angustia; dile que necesito saber que se encuentra bien de salud, para poder vivir las horas de este día.

DOLLY. Está bien. Me parece que to eso que uté me decí se me va a olvidá.

(Vase. Cierra la puerta. Jimmy atento al diálogo, se levanta y se va a mirar por la ventana del bungalow. Ve algo que lo divierte. Y dice, en alta voz):

JIMMY. (Al interior de la casa): Señora, hay aquí un caballero que desea verla. (A Quesada.): La señora por quien usted pregunta se dispone a recibirlo; está ahora detrás de la puerta.

QUESADA. Muchas gracias, joven. Bien sabía yo que se trataba de un error de la doméstica.

(Aparece Estefanía, por la ventana; está confundidísima; se ha arrancado el delantal apresuradamente y se arregla la falda. Jimmy se sienta en la fuente a comer su toronja.)

ESTEFANÍA. ¡Oh, Quesada, si era usted! Pero ¡qué Dolly! ¡Qué Dolly ésta! No sabe explicar nada. Si me hubiera dicho que se trataba de usted...

QUESADA. (Se acerca a la ventana.) No importa.

ESTEFANÍA. ... lo habría recibido al momento.

VOZ DE DOLLY. ¡La negra siempre cargá con la culpa!

ESTEFANÍA. (Tratando de apagar la voz de Dolly.) ¡Estoy apenadísima!

QUESADA. Sepa usted, Estefanía... pero ¡ya lo sabe usted y no debo repetírselo! que esperar por usted parece ser mi triste destino. ¿Qué le importa esperar unos minutos al que, noche tras noche, siente el zarpazo de las horas negras, deseando la llegada del alba, para ver en este jardín la flor que es su consuelo?

ESTEFANÍA. ¡Por Dios, Quesada, modérese! ¡No exagere la admiración que siente por mí!

QUESADA. ¡Admiración! Y oír de sus mismos labios esa palabra incierta, falsa; porque bien sabe que no es admiración lo que siento por usted, Estefanía.

ESTEFANÍA. (Se abanica con la mano.) Por Dios, Quesada, ¿qué le sucede a usted hoy? Nunca lo había visto tan... impetuoso. Dolly, haz algo; sal barre el jardín sacude esos muebles...

QUESADA. ¡Admiración! Sí; fue admiración cuando la conocí; cuando quiso mi buena, o mala suerte, traerme a Nueva Gerona. ¿Y qué admiraba? Sería largo relacionar las prendas que la adornan, prendas que otros seres, ¡seres dichosos! posiblemente no quieren ver ni apreciar. (Sale Dolly con escoba y plumero y trabaja en el jardín.) Pero hoy es otra cosa; se ha transmutado esa admiración en el sentimiento inefable que usted ¡ingrãta! ha confesado ignorar.

ESTEFANÍA. ¡Me confunde!

QUESADA. ¿Cómo es posible que desconozca usted la fuerza que me trae a esta casa? ¿Qué se hizo entonces de la elocuencia de mis ojos?

ESTEFANÍA. ¡Modérese, Quesada! Dolly puede entender y creer que es cierto lo que usted dice...

QUESADA. ¿Y no lo es? No sea usted cruel, Estefanía. Ponga en duda la veracidad de mis palabras y habrá cometido el más horroroso de los crímenes: pisotear el corazón de un hombre enamorado.

ESTEFANÍA. (Se echa fresco ahora, con un pañuelo.) ¡Uf!

DOLLY. (Barriendo.) Si uté queré, le traigo una limoná... porqu'el só etá... que pica.

QUESADA. Sepa yo que esa crueldad suya acompañará mis días futuros y... ¡no sé lo que haría! no sé. (Una pausa. Juega con una rama que ha cortado. Estefanía martiriza su pañuelo doblándolo hasta el infinito.)

ESTEFANÍA. (Coqueta, a pesar suyo.) ¿En qué piensa?

QUESADA. Sufro... Usted sabe por quién y no me lo cree.

DOLLY. ¡Ya está!

ESTEFANÍA. Sigue sacudiendo Dolly, que a esta hora cae mucho polvo.

QUESADA. Dígale que se vaya.

ESTEFANÍA. ¡No!

QUESADA. ¿Me tiene miedo?

ESTEFANÍA. ¡No!

QUESADA. Ahora me tiene que decir que sí. Es lo establecido. Dos «no» y un «sí». Falta el «sí».

ESTEFANÍA. ¡No sea malo, Quesada!

QUESADA. ¡No le queda otra alternativa! A la tercera pregunta, ¡sí!

ESTEFANÍA. ¡No me la haga, por Dios, señor Quesada! ¡No sea usted malo!

QUESADA. Para que compruebe usted que no soy tan terrible como aparento, no le haré esa pregunta... por ahora. En cambio, me tendrá que responder a ésta: ¿por qué no cree en mí?

ESTEFANÍA. Es que... no voy a negarle que admiro, tal vez con exceso, esa extraordinaria facilidad que tiene usted para decir cosas agradables; pero como supongo que es ése un don que ha ejercitado, y que ejercita aún, con bastante frecuencia, temo...

QUESADA. *(Halagado.)* ¡No tema! Mis palabras son «el exponente fiel» de mi alma.

ESTEFANÍA. Ya se comenta en Nueva Gerona esa envidiable facultad; principalmente para contar historias humorísticas.

QUESADA. ¡Son muy amables y benévulos conmigo los vecinos de Nueva Gerona! Y ahora que habla usted de historias chistosas anoche me acordé de una que hace morir de risa a cualquiera Oiga usted.

ESTEFANÍA. ¡No! ¡No! ¡Historias humorísticas no! ¡No puedo oírlas! Y si son... menos todavía.

QUESADA. Oiga, oiga usted; verá qué divertida. Había una vez... Acérquese. Esta es la de las que hay que contar al oído.

ESTEFANÍA. ¡Es usted terrible! ¿Por qué tendré tan poca voluntad, Dios mío?

*(Quesada relata su historia en el oído de Estefanía, haciendo las gesticulaciones del caso. Estefanía se propone ser «insensible» y parece que lo va a lograr. Mientras tanto, Leonelo arregla su cesta.)*

JIMMY. ¿Eres feliz vendiendo tus toronjas?

LEONELO. ¿Feliz? No sé; pero ahora estoy contento, con ganas de correr y bañarme en el río, como pocas veces.

JIMMY. Será porque fuiste bueno conmigo.

LEONELO. No es usted el primer... viajero, a quien regalo una toronja. Esta noche no tendrá que dormir al relente; yo duermo allá arriba, un antiguo almacén, derribado por un ciclón; y hay en el suelo paja bastante para usted y para mí.

JIMMY. Gracias. ¿Cómo te llamas?

LEONELO. Leonelo.

JIMMY. Hasta luego, Leonelo.

LEONELO. Hasta luego, Jimmy.

*(Mutua sonrisa, como pacto de amistad; y se va Leonelo, preguntando sus toronjas; Jimmy se acuesta en la base de la fuente, con los brazos cruzados bajo la cabeza, atendiendo con disimulo lo que sucede en el jardín. Termina Quesada su cuento. Rompe a reír de su propia gracia.)*

QUESADA. Pero ¿no le ha hecho gracia? ¿Cómo es posible?

ESTEFANÍA. Tengo que decirle que usted se pone inconveniente cuando me cuenta esas historias... ¡No me gusta oírlas!

QUESADA. Fracásé. ¡Soy un desdichado humorista no pudiendo hacerla reír! Mas, no pierdo la esperanza...

ESTEFANÍA. Y ahora, márchese. No es conveniente que dilatemos más esta conversación.

QUESADA. ....y algún día... algún día...

ESTEFANÍA. Ha estado usted muy majadero hoy. Hasta mañana.

QUESADA. ....la haré reír a usted.

ESTEFANÍA. ¡Nunca!

*(Estefanía cierra la ventana. Quesada sale del jardín y atraviesa la plaza, cerca de Jimmy.)*

QUESADA. *(Preocupado.)* ¿Será posible?...

JIMMY. ¿Me habla usted?

QUESADA. No. Es que tengo una preocupación... ¿Lo habré contado mal? ¿Será que omití algún detalle? *(Entra en la Aduana.)*

DOLLY. *(Gritando en la puerta.)* ¿Ya pueo entrá?

VOZ DE ESTEFANÍA. Entra.

DOLLY. *(Malhumorada; para sí):* ¡Me tié más cansá!

*(Entra Dolly en el bungalow. Una pausa. Por una de las calles salen Lila y Raimundo, éste con los libros de música. Un silencio de horas los acompaña. Al llegar a la verja del jardín, que estará en primer plano se detienen. Sigue Jimmy bolgazaneando en la fuente.)*

LILA. Ya hemos llegado.

RAIMUNDO. Sí.

LILA. Todo el trayecto que recorrimos hoy me ha parecido muy corto. ¿No cree usted?

RAIMUNDO. Sí. Me parece que fue ahora mismo cuando la vi a usted despedirse de su profesora... ¡Qué casualidad que volviera a encontrarla!

LILA. Así es. *(Abre la verja y penetra en el jardín.)* Hasta luego.

*(Lila da unos pasos hacia la puerta del bungalow. Se detiene):*

LILA. ¿Me decía usted algo? *(Silencio. Raimundo la mira.)* Creí oír...

RAIMUNDO. No dije nada.

LILA. Fue entonces la brisa.

RAIMUNDO. Sería...

LILA. En el silencio, la brisa del mar suele decirnos palabras extrañas *(Pausa.)* Hasta luego. *(Da unos pasos. Se vuelve:)* Los libros, ¿me hace el favor? *(Va a la verja a recogerlos.)*

RAIMUNDO. Ah, es verdad. Mire usted, me hubiera ido con ellos. *(Hace un esfuerzo para aprovechar la oportunidad.)* Tienen razón los que dicen que cuando uno va acompañado de otra persona no siente el cansancio del camino, por largo que sea.

LILA. Así dicen. Y es verdad.

RAIMUNDO. Usted no se cansó.

LILA. Nada. Ahora mismo podría caminar otro tanto.

RAIMUNDO. Yo también. Va uno entretenido. Y aunque uno no hable con la persona que lleva al lado, no sé, puede decirse que uno se fija en cosas en las que, puede decirse, uno no se fija cuando va solo.

LILA. Es verdad.

RAIMUNDO. Será porque cuando se va solo, lo único que se desea es llegar pronto a donde se va, y cuando uno va acompañado, tal vez no se esté tan deseoso de llegar pronto...

LILA. Hoy me he fijado en cosas que casi estoy viendo todos los días; como si las viera por primera vez.

RAIMUNDO. Yo también me he fijado en cosas... *(Una carcajada, tímida; muy breve.)* ¡Sería curioso que fueran las mismas!

LILA. *(Sonreída.)* ¡Sería curioso! *(Un silencio. Lila se decide:)* Tía cortó la cinta de mi pamea, y como no tenía de dónde sujetarla, varias veces por nada me la lleva el viento.

RAIMUNDO. ¡Varias veces! La suerte que usted rápidamente se llevaba la mano a la cabeza. Sobre todo una vez, cuando entramos en el camino de los framboyanes.

LILA. ¡Como nos azotó el viento!

RAIMUNDO. Es que entonces lo recibimos de frente...

LILA. Pasé un susto...

RAIMUNDO. No debió tenerlo. Yo estaba a su lado. Hubiera corrido mucho para recogerle su pamea.

LILA. ¡Es verdad! ¡No pensé en eso!

RAIMUNDO. Aunque es mejor que no haya sucedido, porque algo se hubiera estropeado...

LILA. No importaba mucho. Tía va a comprarme otro sombrero más de acuerdo con mi edad. Dolly opina que me queda mejor con la cinta... *(Tiene ahora el sombrero en la mano y muy discretamente se retoca el pelo.)* Dolly opina una cosa y tía otra... Yo no puedo saber si me queda mejor o no sin la cinta porque no puedo verme. En el espejo no me fío, porque dicen que es muy engañador.

RAIMUNDO. Así dicen, que en el espejo la gente se ve como se desea. Y eso no tiene gracia.

LILA. Si yo tuviera la seguridad de que con la cinta me quedaba mejor, insistiría con tía para ponérsela de nuevo...

RAIMUNDO. Usted, en una forma, como en otra, será siempre Lila.

LILA. Es cierto. Pero dicen que, aun a las personas que nos ven todos los días, producimos impresiones ligeramente diversas, según sean el color del traje, o el peinado, o cualquier otro adorno.

RAIMUNDO. *(Le aprieta el cuello de la camisa; está pasando un mal rato.)* Pues, se puede decir... usted, hoy... como siempre... Mire, tratándose de usted no puedo fijarme en el color del traje, o en cualquier otro adorno... Se puede decir... *(Jimmy, desde la fuente, se ríe; carcajadas breves, penetrantes, molestas. Raimundo y Lila se vuelven un momento; cuando Jimmy deja de reír continúan en su conversación. Se agrava el desconcierto de Raimundo.)* Se me olvidó de qué le hablaba...

LILA. Me decía que no se fija usted en mí lo suficiente como para observar de qué color es mi vestido.

RAIMUNDO. Eso es (*Apurado.*) Bueno, Lila, no era eso precisamente. Usted comprende. Quiero decir que cuando uno la mira a usted, a su cara, no puede uno fijarse en otra cosa. (*Un silencio.*) En fin, si es que tengo que darle mi parecer sobre la cinta...

LILA. (*Como distraída.*) Entonces...

RAIMUNDO. Pues, entonces... me alegro de que su tía la haya cortado.

LILA. De modo que opina usted que estoy mejor sin ella...

RAIMUNDO. (*Después de una pausa.*) Es que... sin la cinta... puede ser que algún día... ¿sabe?... puede decirse, sople más fuerte el viento... y que usted... puede decirse... no acierte a llevarse la mano a la cabeza con bastante premura... y que... (*Suda copiosamente*)... como puede resultar que yo esté cerca de usted...

(*Un silencio. Lila no contesta. Oyense de nuevo las sordas y breves carcajadas de Jimmy; pero ahora nada distrae a los enamorados. Raimundo da vueltas a su sombrero.*)

LILA. Debo irme.

RAIMUNDO. Si usted lo cree...

LILA. Hasta luego. (*Se dirige a la puerta del bungalow.*)

RAIMUNDO. (*Se llena de valor*): ¡Lila!

(*Lila se detiene, sin mirarlo. Una pausa.*)

LILA. ¿Me llamó usted ahora... o fue la brisa del mar?

RAIMUNDO. (*De momento sus bríos se desmoronan*): Fue la brisa del mar.

(*Y se va Lila. Raimundo queda un momento absorto. Después se vuelve a Jimmy, iracundo.*)

RAIMUNDO. Oye, suerte para ti que estamos ante la casa de ella, porque te iba a desfigurar de un golpe tu linda cara... ¡extranjero!

JIMMY. ¡No sé a qué te refieres!

RAIMUNDO. ¿Pagas así la atención que tuve contigo esta mañana, cuando te informé sobre la forma de conseguir trabajo en este pueblo?

JIMMY. Explicate, amigo mío. ¡Te lo suplico!

RAIMUNDO. Te reiste de nosotros.

JIMMY. Golpéame, si crees que he sido capaz de una acción tan poco amistosa; golpéame, y yo responderé a tus golpes, porque no

soy cobarde. Si no quieres que te vea ella pelear en la calle, vámonos al monte, donde alguno pueda dejar el pellejo en la mano del otro, sin que nadie intervenga; pero antes tienen que oírme. ¿Cómo podía reirme de ti si me has dado prueba de tu amistad? Llegué solitario, con la tristeza del caminante que llega a un pueblo donde no le espera otro asilo que el banco de un parque, o la fuente del mármol de una plaza; y tú te acercarte me diste el calor de tu palabra afectuosa. ¿Cómo puedes considerarme de tan miserable condición para responder de ese modo a tu gesto? ¡Qué hay en mi rostro, qué en mi manera de proceder que me pierde, haciéndome pasar por cínico y desvergonzado, y malagradecido, cuando sólo soy un infeliz muchacho, incapaz de una acción inconveniente! Es mi sino. ¡Estoy acostumbrado a esto!

RAIMUNDO. (*Precisando.*) Cuando yo hablaba con Lila alguien se reía de nosotros.

JIMMY. ¿Y porque alguien se reía tuve que ser yo? No me sorprende esa injusticia: la conozco desde hace años, y estoy acostumbrado a sus golpes.

RAIMUNDO. Me pareció...

JIMMY. ¡Te pareció! No quisiera, por la gran amistad que te tengo, que fueras de esos hombres que actúan por «lo que les parece».

RAIMUNDO. Olvida lo de los golpes. Porque aun en el caso de que te hubieras reído, tendría que considerar tus palabras como una disculpa.

JIMMY. ¡Reirme de ti, cuando daba ganas de llorar lo que hablabas?

RAIMUNDO. ¿Oíste?

JIMMY. Todo.

RAIMUNDO. ¿Y qué piensas?

JIMMY. ¿Te lo digo, Raimundo? ¿No te enfadarás?

RAIMUNDO. (*Abatido.*) Dímelo. No me enfadaré, sea lo que sea. Me harás un favor.

JIMMY. Nunca he visto a un hombre conducirse con tanta... torpeza.

RAIMUNDO. ¡Torpeza!

JIMMY. Y... las mujeres... no perdonan a los hombres torpes. Son implacables con los que no pueden llegar a su corazón, en el momento preciso.

RAIMUNDO. Entonces... ¿todo está perdido?

JIMMY. Todo. Cuando Lila cerró esa puerta cortó la última oportunidad que tenías de llegar a ella. Ahora ya es tarde. Mas, ¿qué has perdido? ¡Si no la amas!

RAIMUNDO. Expílicate, Jimmy. Si eres mi amigo dime qué estás pensando.

JIMMY. Que no la amas. Eso es. La torpeza con que te condujiste es tanta, que sólo la explica la más profunda indiferencia. Te engañas si crees que eso es amor. ¿Primera vez? (*Raimundo afirma con la cabeza; se ha sentado en la fuente y esconde la cabeza en las manos, abatido.*) Se ve. Te has engañado; y puedes considerarte dichoso. Son frecuentes esos espejismos cuando no se tiene una gran experiencia. Puede ser amistad, y aún así no tendrá muy profundas raíces... ¡Ah! ¡el amor! ¡Lo has de conocer algún día! Y te acordarás de mí... ¡Qué calor de sangre! ¡Qué ansiedad de voiceo, en las cuatro esquinas de nuestro espíritu, de las dulces angustias que nos va arrancando la vida! ¡Y qué alas en la lengua, que no nos cabe en la boca, como brasa, para decirle pronto lo que tenemos dentro a la mujer que amamos!

RAIMUNDO. ¡La amo! ¡Algo hay que no has entendido, o que yo no he podido dar a entender!...

JIMMY. (*Reflexivo.*) Puede ser que sufras una incapacidad de expresión amorosa...

RAIMUNDO. Y eso ¿es grave?

JIMMY. Mucho.

RAIMUNDO. ... porque es amor, Jimmy, este desear verla a todas horas; este soñar con ella cuantas veces sueño, este querer morirme, cuando pienso que no me va a corresponder. ¡Con qué gusto dejaría sacarme, gota a gota, la sangre de mis venas, si con eso pudiera satisfacer el menor de sus caprichos!

JIMMY. Lo que dices ahora me da qué pensar. Aunque no te referiste a «lo ardiente» cuando hablaste de sangre.

RAIMUNDO. Se sobrentiende.

JIMMY. Es preciso hacerlo constar cuando se habla en amor.

RAIMUNDO. No es nueva esa atracción que me arrastra a ella; no es el florecimiento de sus gracias de mujer lo que distrae mis ojos, emocionándome y haciéndome temblar, como las ramas de un árbol

desnudo; desde muy niño, cada vez que pasaba por esta plaza, en camino hacia el monte, donde siempre viví, algo que no podía comprender, paralizaba mis piernas al llegar a esta fuente; y me detenía; sin que pudiera evitarlo se escapaba mi corazón, y se entraba por la puerta de esa casa, atrevido, en busca de algo que por entonces no podía precisar. Y al cruzar bajo los toronjales de Santa Fe, veinte veces al día, siempre buscaba un sitio claro, bajo una palma, y cerca de un arroyuelo, donde algún día se pudiera levantar una casita. Era la casita, Jimmy, de la que quise que ella fuera la reina, mi señora. Y porque enmudezco cuando debo hablar; porque la emoción entorpece mi lengua, o porque padezco de esa incapacidad de que tú me hablas, todo lo he perdido. Tienes razón. No hay remedio. Ya no me importa morirme.

JIMMY. No te desespere, Raimundo. Tal vez haya alguna esperanza todavía.

(*Entra Leonelo con su cesta.*)

RAIMUNDO. Siento que no la hay. Veinte veces me he acercado a ella, decidido a decirselo, y nunca puedo. Esta mañana me juré por la luz del sol que le hablaría y ¡no pude!

LEONELO. (*Sentándose en el suelo, junto a su cesta. A Jimmy, que se pasea preocupado.*) ¿Qué le pasa a Raimundo?

JIMMY. Quiere morirse.

LEONELO. ¿Lila?

RAIMUNDO. Tú, que has sido mi confidente, Leonelo, sabes bien que ha llegado el momento de hablarle, para que sepa lo que sufro; pero mi lengua no obedece a mi corazón cuando estoy frente a ella; y en mi titubeo no se refleja ni la amistad más tibia.

JIMMY. ¡Cuando es lo cierto que arde tu espíritu en pasión!

RAIMUNDO. Así es.

JIMMY. Porque el amor es como una gran llama que nos devora.

RAIMUNDO. Así es.

JIMMY. Ahora creo en ti. Pero, ¿qué hacer si enmudecen tus labios y no logran comunicar un poco de calor a la adorada que se te acerca?

RAIMUNDO. ¡No hay salvación para mí!

JIMMY. Tal vez... Déjame pensar... He andado mucho, y algo he oído sobre estas cosas. Yo mismo tenga una historia que

contar. ¿Se podrá hacer algo? . . . ¿Estarías dispuesto a seguir mis indicaciones? Lo dudo. (*Leonelo y Raimundo lo miran, anhelantes.*) ¿Podrías llegar a comprender que es lícito cualquier procedimiento en combates de amor? Menudos escrúpulos te impedirían seguir mis consejos . . . si es que algo se puede hacer.

RAIMUNDO. (*Decidido.*) Me dijiste que eras mi amigo. Demuéstramelo.

JIMMY. (*Después de un momento de vacilación.*) Está bien. Déjame pensar.

(*Jimmy se pasea reflexivo; Leonelo y Raimundo lo miran ansiosos, esperando la idea salvadora. Entra el Capitán, borracho hasta no saber por dónde camina. Viene en silencio. Trae una damajuana de aguardiente, de un galón. Al llegar frente a la escala de la goleta se echa un largo trago. Se limpia la boca con la camisa; tapa la botella cuidadosamente. Como ésta le molesta para subir a la tabla que ha de conducirlo a la goleta, la coloca en el muro. Jimmy, Leonelo y Raimundo se distraen observando al Capitán. Cuando ve Jimmy que éste se ha separado de la damajuana, y que se encuentra de espalda subiendo al muro, como asaltado por una súbita y diabólica idea, se va sigilosamente al muro, agarra el galón y corre a esconderlo en la fuente de mármol. Estupor en Raimundo y Leonelo. Jimmy les hace una señal para que callen.*)

LEONELO. Pero . . .

JIMMY. Ssst . . . Me sospecho que este aguardiente va a servirnos de mucho.

(*El Capitán, una vez arriba, se vuelve para recoger el galón. Al ver que ha desaparecido:*)

CAPITÁN. ¿Quién demonios se ha llevado el galón de aguardiente que puse aquí? ¡Rayos! ¡Díganme quien fue, que del Capitán no se burla nadie!

JIMMY. (*Acercándose al Capitán.*) ¿Busca usted el aguardiente?

CAPITÁN. Sí. ¡Rayos!

JIMMY. Pues . . . si debe tenerlo usted ya en su camarote . . .

CAPITÁN. ¿Y quién rayos lo llevó para allí?

JIMMY. La mariposa.

CAPITÁN. ¿La mariposa?

JIMMY. ¿Dónde tiene usted los ojos, Capitán? Detrás de usted venía una mariposa de alas grandes, como las de un murciélago. Recogió la damajuana, y se la llevó, volando. Yo le pregunté: «¿Adónde vas, ladrona, con eso que no es tuyo?» Pero ella me explicó que la llevaba para su camarote, no fuera a ser que usted, como parece que está un poquitín achispado, la deje caer y la rompa.

CAPITÁN. ¡Ah! Si se trata de eso, nada tengo que discutir. (*Da unas pasos. Se ríe:*) Me ha hecho un gran favor esa mariposa, porque es verdad que ahora puedo caminar más ligero . . .

*Mientras desaparece por una escotilla, cae el*

## TELÓN

## CUADRO TERCERO

*El mismo lugar del cuadro anterior. Es de noche. Están encendidos los faroles de gas. Hay luz en el interior de la casa. Fanal rojo en el mástil de la goleta. De la Aduana salen Quesada y Jimmy. En algunos pasajes de este cuadro oye la música del acordeón que tocan en la goleta.*

JIMMY. Cuento como ése hay que andar mucho para oírlo . . . ¡Es extraordinario!

QUESADA. Chico, y esa mujer ni siquiera una sonrisa . . .

JIMMY. Se reía por dentro. Las mujeres son muy pícaras. Ceden en todo menos en un punto, y en él se refugian cuando les conviene la inviolabilidad. Por eso es preciso descubrir ese punto e ir allí a desarmarlas.

QUESADA. Buena tesis.

JIMMY. Tesis o antítesis, búscale la debilidad, ponle allí el dedo y no te importe que grite. Por cierto, ahora que hemos estado hablando de cuentos, me acuerdo de uno . . . pero ¡qué formidable!

QUESADA. ¿Bueno?

JIMMY. ¡Muchacho! (*Además que quiere decir, ¡soberbio!*) Precisamente, el que lo «sacó», un amigo mío, parece que es de esta isla, porque los protagonistas de todos sus cuentos son loros y cotorras.



QUESADA. Primera vez que oigo tal cosa. Lo principal de estos cuentos es la exageración del ridículo humano. Un loro no puede presentar aspectos grotescos.

JIMMY. Ya tú ves... Y los chistes de mi amigo son... (*Otro ademán ponderativo:*) Piensa en las posibilidades del loro como proveedor de historias cómicas; sabe mucho, porque vive hasta cinco cincuenta años, imita con facilidad la voz humana, y repite lo que oye. Como la mayoría de los hombres.

QUESADA. Venga ese cuento. Te diré si vale o no, porque soy experto en la materia...

JIMMY. Ahí va: «Este era un señor que tenía una cotorra muy enamorada; la cotorra tenía de galán un loro muy atrevido, de un vecino cercano. Para entrevistarse con su amada, tenía que hacer el loro un difícilísimo descenso por un muro del patio».

QUESADA. Perdóname que te interrumpa... No sé bien de estas cosas; pero creo que la mujer de un loro tiene que ser un loro-hembra, o algo así...

JIMMY. ¿Quién se fija en eso? Así el cuento resulta más fácil y más chistoso. Pues, oye: «El loro, además de atrevido y de enamorado, era glotón. Era más glotón que atrevido y enamorado. Al llegar al patio, ¿qué crees que era lo primero que hacía? ¿Irse a donde estaba la cotorra, que lo esperaba como te puedes imaginar? No. Se iba a la despensa. Allí lo esperaba un hermosísimo queso que todos los días compraba el dueño de la casa. Después que le hacía buen honor al queso, se iba a donde estaba la cotorra. La cotorra varias veces le advirtió sobre el peligro a que se exponía... y le aconsejó que... invirtiera el orden de sus excesos. Pero ¡era tan glotón el loro! El dueño de la casa, que había notado la falta diaria del queso, se puso a acechar y ¡pum!, me descubre al loro. No dice nada, y se propone cobrárselas todas de una sola vez... Coge unos alambres eléctricos, largos... ¡Supongo que conoces el efecto de la electricidad en alta tensión!»

QUESADA. Pues claro.

JIMMY. Los pela bien, es decir, les quita el material aislante en que vienen envueltos, y los coloca, sin que la cotorra lo vea, a todo lo largo del muro. Esa noche, cuando bajó el loro...

(*Lo interrumpe un tripulante que aparece en la goleta:*)

TRIPULANTE. ¡Aduana!

QUESADA. Dime.

TRIPULANTE. Hemos acabado de hacer el café; se le invita a tomar una taza, a usted y a la compañía. Debe aceptarnos esta invitación, porque es la última noche que pasamos en Nueva Gerona. El Capitán ha decidido anticipar la partida, y nos vamos mañana...

JIMMY. Vamos allá; eso no se desprecia. En la goleta te termino el cuento; así pueden oírlo también estos pobres muchachos, para que ejerciten sus mandíbulas antes de hacerse a la mar.

(*Entran en la goleta Jimmy, Quesada y el tripulante. Una pausa. En la escena solitaria oye un piano; alguien estudia «La Lissonjera» de Chaminade. Por una calle vienen Raimundo y Leoneo. Se acomodan en el sitio de costumbre, la fuente.*)

RAIMUNDO. ¡Es ella! Estudia su piano, tranquila, sin pensar en otra cosa que en su música; sin sospechar que aquí nosotros, como asesinos alevosos que preparan un crimen, esperamos una ocasión para engañarla. Es pura e inocente y me creará; pero yo habré sido un malvado. ¡Jamás me perdonaré haber tenido que recurrir a la mentira!

LEONEO. Todavía estamos a tiempo, Raimundo; no hagas nada que mañana pueda pesarte.

RAIMUNDO. Creo que a Jimmy pudo ocurrírsele una mentira menos complicada.

LEONEO. Dice él que de todas las ideas que se le ocurrieron ésta es la mejor.

RAIMUNDO. Puede ser. El entiende bastante de estas cosas. Sabe más que nosotros dos.

LEONEO. Ha viajado mucho. Y, como es una persona tan desventurada, parece que se siente feliz ayudando a los demás... Ahora se me ocurre que sus desventuras tienen que haber sido muy grandes, cuando no ha podido evitarlas con todo lo que sabe.

RAIMUNDO. ¡Lo compadezco si fueron las tuyas desventuras de amor!

LEONEO. De amor tienen que haber sido; porque él es muy listo y sabe mucho de todo, pero principalmente de amoríos...

RAIMUNDO. ¡No me acaba de gustar el consejo! ¡Qué inquietud más grande tengo dentro de mí! ¿Una mentira? ¡Bueno!... Siempre

será una mentira; tal vez ella me la perdone con facilidad; pero ¡esa complicación de mi viaje en la goleta! ¡que me he enrolado! ¡que quiero irme a buscar fortuna! ¡perlas!, tal vez, en los mares lejanos de la India! ¡que estaré un tiempo sin verla! No es que tema que no vaya a crearme... aunque bien sabe ella que jamás me gustó el mar; que nací en la tierra adentro, y que en la tierra adentro quiero vivir, en mi casita, junto a una palma, con su sendero de toronjales al frente... Me creará de todos modos, porque ella me conoce y sabe que soy incapaz de mentir... Pero ¿y después? Cuando se vaya la goleta, que será dentro de algunos días, y vea ella que me quedo en tierra...

LEONELO. Haz lo que desees, Raimundo. Todavía es tiempo. Aunque Jimmy ha dicho que para entonces ya habrás conseguido tu propósito, que es lo principal.

RAIMUNDO. Mas, ¿cómo la voy a mirar a los ojos después?

LEONELO. Jimmy dijo que ese no era el problema de hoy; que ya se buscaría el modo...

RAIMUNDO. ¡Otra mentira! ¡Parece que no hay otras soluciones que las mentiras!

LEONELO. Dice Jimmy que Dios perdona las mentiras de amor; que ha dado órdenes a los escribanos del cielo para que, el día del juicio final, las borre del Libro de la Conciencia. Pero, que no te importe si está bien o mal hecho lo que vas a hacer, y si Dios te perdona o no; tu propia conciencia antes que nada. Jimmy es muy listo, pero puede equivocarse; además, lo conocimos hoy por la mañana y no tenemos por qué guardarle muchas consideraciones. Le decimos simplemente que has cambiado de idea; que el plan no te gusta, ¡y ya está!

RAIMUNDO. *(Después de una pausa.)* Y ella seguirá ignorando que la amo.

LEONELO. ¡Ella lo sabe!

RAIMUNDO. Pero tal vez mientras no me lo oiga decir, lo dude. Seguiré ignorando si me va a corresponder...

LEONELO. ¡Tú bien sabes que sí!

RAIMUNDO. Pero muero de inquietud por oírsele a ella misma.

LEONELO. Haz lo que quieras.

RAIMUNDO. Eres muy niño, Leonelo, y no puedes comprenderme. El silencio es como una muralla entre nosotros. Necesito derribarla

*(Una pausa.)* ¡Está decidido! ¿Por qué se demora tanto Jimmy? ¿Qué te encargó que hicieras?

LEONELO. Yo llevaré el recado a Lila, pero después que lo vea; él me dará las últimas instrucciones.

RAIMUNDO. ¿Por qué se demora tanto? ¿Qué estará haciendo ahora? Se hace tarde y Lila se irá a dormir. Ya no se oye el piano. ¿Qué le habrá sucedido a Jimmy?

LEONELO. Estará esperando que salga la luna; dice que es necesario que haya luna.

RAIMUNDO. ¡La luna! ¡No sé qué tiene que ver la luna!

*(Salen de la goleta Jimmy y Quesada. Jimmy se dirige a la fuente. Quesada, a una de las calles.)*

RAIMUNDO. ¿Qué hacías, Jimmy?

JIMMY. Sosiégate. Todo va bien.

QUESADA. *(Al cruzar frente al bungalow):* Lo que te espera, gentil Estefanía... Veremos si te resistes también a las hazañas del loro.

*(Se va Quesada. Jimmy que ha prestado atención a las palabras de éste, rompe a reír.)*

RAIMUNDO. ¿De qué te ríes ahora?

JIMMY. Si no dominas tu impaciencia no podremos hacer nada. Me río de algo muy simpático que me contaron a bordo. Bueno, lo tuyo va bien. ¿Decidido?

RAIMUNDO. ¡Decidido!

JIMMY. Pues ¡arriba, Leonelo! Ya sabes; entras, te acercas a ella y le das el recado; que Raimundo tiene absoluta necesidad (no olvides esto de «absoluta necesidad»), de verla esta noche; que salga a la terraza después que todos se acuesten.

RAIMUNDO. Sigo creyendo que no es necesario que sea en la terraza. Ella puede salir al jardín.

JIMMY. Déjame, Raimundo. Yo sé por qué conviene más que sea en la terraza.

RAIMUNDO. ¡Es que la terraza está tan cerca de su alcoba!

JIMMY. *(No atiende a Raimundo.)* ¡Que Raimundo le suplica, por lo que más quiera, que no desoiga su ruego! Agrega: «dice que si

tú no sales, no se irá de la plaza en toda al noche, y cuando el día llegue lo han de encontrar muerto, con los ojos, ya pétreos, clavados en tu alcoba».

RAIMUNDO. (*Impaciente rebeldía.*) No me gusta; no le digas eso... Sería mentir por mentir... No es cierto que vaya a morirme esta noche si ella no sale a la terraza...

JIMMY. Está bien. puede ser que no sea necesario. Olvidalo. Así que, después que todos se acuesten en la casa y ya nadie pueda molestar, y, muy principalmente, cuando la luna haya salido...

RAIMUNDO. ¡La luna! ¿Para qué Jimmy?

JIMMY. En esto sí que no cedo, Raimundo. ¡Lo siento por ti! ¡La luna!

RAIMUNDO. ¡La luna!

JIMMY. Le explicarás que la salida de la luna es la señal del encuentro. Cuando llegues a este punto, trata de expresarte más o menos en la forma siguiente: «sal cuando veas y sientas que la plata de la luna baña la copa de los árboles de tu jardín».

LEONELO. Trataré.

JIMMY. Si tienes oportunidad, y aunque ella nada te pregunte al respecto, haz algún comentario sobre el deplorable estado de ánimo en que dejas a Raimundo. ¡Ah! Ahora que me acuerdo (*no vaya a olvidárseme*), subí a la goleta a tomar un poco de café; estaban allí el Capitán y el aduanero, que es gran persona y que se ha hecho muy amigo mío; y como la oportunidad se presentaba fácil, trabajé nuestro asunto. Ahora puede tener un éxito completo. Existía el peligro de que Lila, mañana, se enterara de que no has pedido el enrolamiento, y dudar de tu sinceridad. Aproveché la ocasión y expuse tus deseos de trabajar en la goleta. Ya no hay peligro alguno. No te irás, pero, al menos, solicitaste el enrolamiento. ¿Te parece bien?

RAIMUNDO. Bien. ¿Y me aceptaron?

JIMMY. En seguida. Eres joven, fuerte, honrado y muy trabajador. Te mandan a decir que estés listo para mañana. Esta noche, antes de dormirme, pensaré en la excusa que vamos a dar. ¿En qué estábamos? Otra cosa, Leonele. Dile tú lo del viaje a Lila; que Raimundo quiere hablarle; que le suplica, etc., y le dices que se ha enrolado en la goleta y que mañana se va.

LEONELO. Está bien.

JIMMY. Eso se llama acuciar el interés; garantizar la inquietud... Le evitamos a Raimundo las explicaciones del viaje; y procuramos que emplee su tiempo, que no será mucho, en temas... menos explicativos.

LEONELO. Es mejor así. Porque Raimundo, con lo inquieto que está, capaz es de no atreverse a mentir.

JIMMY. Ya sabes, ¡suerte! No olvides algún comentario sobre el estado de ánimo de Raimundo; puedes decir algo por el estilo: «estoy intranquilo por él, Lila; lo he dejado en la plaza nervioso lleno de ansiedad; como si no supiera sobre qué pie sostenerse ni dónde poner las manos agitadas; como si se encontrara frente a un problema de cuya buena o mala solución depende su vida». (*Alguna vacilación Se dirige a Raimundo.*) ¿Habré estado exagerado?

RAIMUNDO. ¡No! ¡Pudiste agregar algo más! ¡Es tanta la ansiedad que tengo!

(*Leonele entra en el jardín y se va por la puerta del bungalow Una pausa.*)

JIMMY. ¡Cálmate! (*Mirando el cielo.*) ¡Nubes ahora!

RAIMUNDO. Pronto será la hora del alisio que las barrerá; y habrá cielo despejado.

JIMMY. Esperemos. (*Pausa.*) ¡Horas de emoción éstas! Te compeadezco... ¡y te envidio! Vas a estar cerca de la mujer amada; abrirás tu pecho para que huya la palabra que sólo se dice una vez. Me sospecho que el hombre, cuando anda ya por un buen trecho de la vida, o porque ha gastado sus potencias espirituales, se vuelve descreído; mira hacia atrás, burlón, como si presenciara el espectáculo de un grupo familiar fotográfico impreso años atrás. Pero no sondeemos en su alma, después de arrancar la costra de sus envilecimientos; hallaríamos una gran emoción: la de la vez primera, cuando se penetra en la conjugación del verbo que es el verbo. Yo tuve mi espera y mi encuentro... ¡me estremezco al recordarlo como si estuviera viviendo esa hora! ¡Oh, temblor de las lágrimas de la mujer que ama! ¡Oh, las palpitations de su tibio seno! ¡Oh, mujer, camino hacia la perduración! (*Pausa.*) Se dispersan las nubes.

(*Desciende el primer rayo lunar. Un silencio. Vuelven los dos la vista hacia el bungalow: acaban de apagar la luz en la planta baja; toda la casa queda a oscuras. Los dos, expectantes, suben la vista poco a*

*poco hacia la puerta. Sale Leonelo. Jimmy y Raimundo lo reciben ansiosos.)*

JIMMY. ¿Y?...

LEONELO. *(Un poco triste.)* Todo va bien.

RAIMUNDO. ¿Qué dijo?...

LEONELO. Mientras hablaba yo, ni una palabra. Cuando terminé se levantó y me dijo: «Vete; dile que saldré». Estaba pálida.

*(Jimmy y Raimundo dirigen de nuevo la vista hacia la terraza. Una pausa. La rompe Jimmy.)*

JIMMY. Vámonos a dormir, Leonelo. Aquí estorbamos. El sueño me rinde. Quiero saber si es tibia y acogedora la paja de tu lecho. *(A Raimundo.)* ¿Quieres saber algo?

RAIMUNDO. Nada. ¿Se van? No es necesario. Yo termino en seguida. Digo lo que tengo que decir; oigo lo que tengo que oír y ¡ya está!

JIMMY. Pero, a lo mejor no terminas tan pronto como tú esperas... Si quieres vernos después, estamos arriba.

*(Se van Jimmy y Leonelo por la puerta de la Aduana. Silencio. La luz de la luna va plateando la escena. Presiente Raimundo la presencia de Lila. Se atemoriza. Y en la puerta de la Aduana, con voz queda:)*

RAIMUNDO. ¡Jimmy! ¡Leonelo! ¿Dónde están ustedes? ¿Qué hago? ¡Tengo ganas de huir!

*(Nadie le responde. Una silueta en la terraza. Y sale Lila. Queda Raimundo contemplándola, mudo. Van desapareciendo sus temores. Queda en una zona oscura de la plaza. Lila lo busca con la vista. Al no verlo):*

LILA. *(Voz apagada.)* ¡Raimundo!

RAIMUNDO. ¡Aquí estoy!

LILA. Apenas lo distingo.

RAIMUNDO. ¿Me acerco entonces?

LILA. Lo creo necesario.

RAIMUNDO. *(Entra en el jardín. Está bajo la terraza.)* ¿Puede verme bien?

LILA. Sí. Pero lo oigo muy mal

RAIMUNDO. Será preciso que suba.

LILA. Sí.

*(Trepa Raimundo a la terraza. Están juntos ahora. Oyese la música del acordeón desde la goleta.)*

RAIMUNDO. ¡Gracias!

LILA. ¿De qué?

RAIMUNDO. Por haber salido.

*(Lo mira intensamente, y rompe a llorar en silencio. Se ilumina el piso alto de la Aduana; por el costado derruido, frente al público, se ve el interior del almacén, en el que aparecen Jimmy y Leonelo. Este lleva una lámpara de petróleo.)*

JIMMY. *(Tirándose en el lecho.)* ¡Dichoso el vagabundo que encuentra un lecho de paja donde dormir! Acecha tú, mira por la ventana para allá enfrente, a ver si ocurre algo extraordinario. Grande es mi curiosidad; pero es mayor mi sueño... ¡Se me cierran los párpados! ¿Qué ves?

LEONELO. Están juntos; pero no hablan.

JIMMY. Hablan. En un lenguaje que sólo ellos entienden.

RAIMUNDO. ¿Por qué lloras?

LILA. Porque te vas...

RAIMUNDO. Volveré.

LILA. Lo dices para consolarme. Te quedarás por esas tierras lejanas, donde hay muchas perlas con qué comprar mujeres hermosas...

RAIMUNDO. Guardaré todas mis perlas para alguien que me ha de esperar en esta isla...

LILA. No quiero tus perlas. ¡Las odio! Porque me separan de ti.

RAIMUNDO. No llores más, ¡te lo suplico!

LILA. ¡Es mi único consuelo! Quedaré más tranquila después; y podré oír lo que quieres decirme.

LEONELO. Lila está llorando... Hablaba de las perlas.

*(Al ver que Jimmy está dormido):* ¡Jimmy! *(Va a él y lo sacude.)* ¡No puedes dormirte!

JIMMY. ¿Qué? ¡Déjame!

LEONELO. Dijiste que pensarías esta noche lo que vamos a hacer mañana temprano, para que Raimundo no se embarque...

JIMMY. Déjame descansar... Ya habrá tiempo... ¡El sueño me rinde! ¡Cómo estaré de cansado que voy a dejar para mañana lo que me propuse decirte hoy!

LEONELO. ¿Tienes que decirme algo?

JIMMY. Sí. Vete a la ventana. Si Lila llora, todo está arreglado.

LILA. ¿Tanta necesidad tenías de verme?

RAIMUNDO. No habría podido partir si esta noche no lograba hablarte.

LILA. Entonces, ¿por qué salí a la terraza, Dios mío? ¿Porque no me escondí debajo de la tierra, donde no hubieras podido verme ni hablarme?

RAIMUNDO. ¡Oh, con los deseos que tenía de verte aparecer! Si no sales, no me voy de la plaza en toda la noche, y mañana me hubieran encontrado allí, muerto, con los ojos ya pétreos, clavados en tu alcoba.

LILA. (*Sorpresa entre su llanto.*) ¿Eres tú quien habla? ¿Quién le puso lengua a tu corazón, Raimundo?

LEONELO. (*Se acerca a Jimmy.*) Jimmy, ¿es importante lo que vas a decirme?

JIMMY. Mucho.

LEONELO. ¿Sobre qué?

JIMMY. Tú y yo... ¿Entraron ya en la alcoba?

LEONELO. No. Jimmy, no quiero esperar a mañana. Dímelo ahora.

JIMMY. No seas impaciente.

LEONELO. Dímelo... Siempre tuve el presentimiento que alguien, que llegaría de afuera, me diría lo que quiero saber...

JIMMY. (*Sonrisa.*) Y al fin...

LEONELO. Dímelo, Jimmy; dímelo pronto... No te duermas, Jimmy. ¡Habla!

JIMMY. (*Sonríe entre el sueño.*) ¿Quién soy y qué vine a buscar a esta isla? ¿No te has puesto a pensarlo? Es verdad que soy un poco vagabundo; pero aquí me trajo algo preciso. Vine a buscarte.

LEONELO. ¿A mí? ¿Por qué?

JIMMY. Porque eres algo mío... ¡Deja el resto para mañana!

LEONELO. Jimmy, ¡desde que nací espero este momento! ¡Tienes que decírmelo ahora!

JIMMY. ¡Bueno! ¡Si insistes!... Soy tu hermano.

LEONELO. (*Después de una pausa.*) ¡Mi hermano!

JIMMY. Tu hermano mayor... No pongas esa cara, como si hubieras recibido un golpe. Anda, tonto, ven a que te dé un beso y un abrazo... (*Se incorpora un poco; atrae a Leoneo y lo abraza.*) Ya te contaré toda nuestra historia. Pero es muy larga. Ahora, a dormir... Y oye esto: por las causas que ya te explicaré, tenemos que mantener oculto nuestro parentesco. Ya llegará el momento en que podamos decírselo a todos; mientras tanto ¡silencio! Anda, vete a la ventana a ver qué ocurre allá enfrente.

(*Leoneo se va a la ventana. Desde allí:*)

LEONELO. Jimmy...

JIMMY. ¿Qué?

LEONELO. (*Le tiembla la voz.*) Mamá... ¿vive?

JIMMY. Sí. Estoy pensando en lo contenta que se pondrá cuando te vea. Dentro de quince días estaremos a su lado.

RAIMUNDO. ¿Tiritas?

LILA. ¿Cómo puede ser tan fría una noche de primavera?

RAIMUNDO. Si te acercaras a mí... (*Lila se acerca al pecho de Raimundo; éste la abraza, delicadamente.*) ¿Tiritas aún?

LILA. Aún. Ha sido como un soplo de aire frío que azotara el jardín... Tal vez pase.

RAIMUNDO. Esperemos... Si no, tu alcoba es tibia..

(*Quedan abrazados, rostro con rostro.*)

LEONELO. (*Desde la ventana.*) Jimmy... (*Se acerca a él. Se arrodilla ante la cama; sacudiéndolo.*) Antes que te duermas dime una sola cosa... (*Jimmy abre los ojos.*) ¿Cómo es mamá?

JIMMY. ¿Eh?... ¿Mamá?

LEONELO. ¿Es hermosa? (*Gesto afirmativo de Jimmy.*) ¿Se parece a ti?

JIMMY. Mucho.

LEONELO. (*Cogiéndole el pelo; con devoción.*) ¿Es así el de ella... rubio?

JIMMY. Igual. Rubio, como la luz del sol en las horas de la tarde. ¿No vas a dormir?

LEONELO. No. (*Jimmy se duerme.*) Me quedaré así, mirándote, como si estuviera mirando a mamá.

## SEGUNDO ACTO

## CUADRO CUARTO

*El mismo lugar. De día. Los tripulantes trabajan en la limpieza de la goleta. Leonelo está en el almacén, vistiéndose. Distraído se asoma a la ventana. Ve a Dolly que entra por una de las calles, con su cesta de comestibles en la cabeza.*

LEONELO. Señora Dolly, ¿se levantó usted demasiado temprano, o yo demasiado tarde?

DOLLY. Niño Leonelo demasiado tarde.

LEONELO. ¡Lo siento, señora Dolly! Quería acompañarla hoy al mercado, para traerle su cesta de comestibles.

DOLLY. ¿Y eso? Niño Leonelo nunca me quere traer lo cesto.

LEONELO. De hoy en adelante todas las mañanas iré con usted. Podrá hablar y divertirse con sus paisanos. En estos pocos días que me quedan en Nueva Gerona, le demostraré que la quiero mucho, señora Dolly.

DOLLY. ¡Qué eso que te va tú?

LEONELO. Me voy, señora Dolly. Antes de quince días ya no estaré aquí, sino en otro lugar... con otra persona.

DOLLY. No t'entendé.

LEONELO. Por ahora no puedo hablar más. *(Ríe satisfecho.)*

DOLLY. ¿Qué te pasó? Nunca te vi reír así.

LEONELO. Señora Dolly ¡cuando usted sepa lo que tengo que contarle! ¡Qué lindos los mogotes de mármol! ¡Mírelos, como brillan al sol! ¡Qué lindo es todo! ¡Qué linda es usted!

DOLLY. Niño Leonelo habló como si tuviera namorao... mu joven empezá tú.

LEONELO. No sé lo que es estar enamorado. Pero sé desde anoche lo que es la felicidad. ¿Qué se siente cuando está uno enamorado?

DOLLY. Ñá Dolly se sentí así... Chú chú, chú, chú... *(Da vueltas rápidas; con extraordinario equilibrio sostiene su cesta en la cabeza.)* Chú... Chú... y no se mareá.

LEONELO. Mi felicidad es otra cosa. No siento ese chú, chú, chú; pero tengo deseos, en cambio, de extender la mano hacia arriba, coger un pedazo de cielo y restregarme con él los labios y los ojos.

DOLLY. Ñá Dolly preferí su chú, chú, chú...

*(Dando vueltas penetra en el jardín, y se va por la puerta del bungalow. Leonelo sale del almacén. Siguen trabajando los tripulantes. Sale Quesada.)*

QUESADA. *(A un tripulante:)* Oye... Llévelo al Capitán. Son los documentos de salida de la goleta. Dile que cuando quieran pueden zarpar.

*(Se va el tripulante. Mira Quesada hacia el jardín de enfrente, componiéndose la corbata. Ve que se abre la puerta del bungalow. Rápidamente se entalla la casaca, etc.; mas quien sale es Sixto. El farmacéutico, al ver a Quesada, se para en firme, lanzándole una mirada iracunda, sostenida.)*

QUESADA. *(Confundido.)* Buenos días, doctor.

SIXTO. *(Voz de patíbulo.)* Buenos días.

*(Entra el aduanero en su oficina. Después que inicia su marcha el farmacéutico, y encontrándose en medio de la plaza, sale Jimmy por una de las calles.)*

JIMMY. Señor...

SIXTO. *(Deteniéndose.)* Diga.

JIMMY. Le pido disculpa por molestarlo de este modo en plena calle. Perdóneme. Realmente es... ¡tan extraña mi actitud!

SIXTO. Dígame lo que desea. Si en algo puedo servirlo, lo haré con mucho gusto.

JIMMY. Agradecido. Usted es un hombre bondadoso. El saberlo aviva mi indignación, y me anima a continuar.

SIXTO. Explíquese.

JIMMY. ¿Es usted el esposo de la señora que vive en esa casa?

SIXTO. ¿Qué tiene que ver mi esposa?...

JIMMY. No se impaciente, haga el favor... Para que usted disculpe mi entrometimiento, y la libertad que me tomo al mencionar a

su esposa, debo decirle que el estado en que usted me ve ahora, roto, sucio, vagabundo por los pueblos, sin trabajo, sin «un mendrugo de pan que llevarme a la boca», y durmiendo en el miserable lecho de paja que hay en ese almacén, se lo debo, señor, a la ligereza de una esposa...

SIXTO. ¿La suya, tan joven?...

JIMMY. No de la mía... ¡no! ¡no! ¡Jamás cometeré la locura de casarme! ¡Porque todas son iguales! ¡Ventosas del hombre! ¡Arpías! Se trata de la esposa de un hermano mío. ¡Mi pobre hermano! ¡Cómo sufrió! ¡Como sufrimos todos por él! ¡Su tragedia nos hundió a todos en casa en el «más negro abismo»! Desde entonces, señor, no puedo presenciar el espectáculo de una traición conyugal, sin que mi sangre hierva en ira.

SIXTO. ¿Qué trata de sugerirme?

JIMMY. Nada... nada... ¡Se ofusca! ¡Perdóneme!

SIXTO. Tiene usted que explicarse. No puede impunemente detener a un hombre honrado en plena calle y decirle: su mujer lo engaña!

JIMMY. No le he dicho tanto de su esposa.

SIXTO. Entonces, ¿qué pretende?

JIMMY. Que lo evite... Sepa esto (y conste que lo hago pensando en los sufrimientos del pobrecito Rodolfo), que todas las mañanas, después que usted se marcha a realizar la cotidiana tarea en su farmacia, algo ocurre en su hogar.

SIXTO. Joven imprudente, nada ocurre en mi hogar que yo ignore. Cuanto se hace en él tiene mi consentimiento, porque siempre ha de ser algo lícito y permisible. Creo que el accidente sufrido por su señor hermano ha hecho de usted una persona excesivamente suspicaz, y molesta.

JIMMY. Tengo que pedirle disculpas de nuevo. No sabía que usted consintiera (y conociera, por supuesto), lo que acontece en su hogar.

SIXTO. Se referirá usted a las visitas matinales que el señor Quesada le hace a mi esposa.

JIMMY. (*Gesto de estupor.*) ¡Y es verdad! Pero ¡si usted lo sabía! Perdóneme. ¿Cuándo vas a aprender, Jimmy, a no meterte en lo que no te importa? ¡Yo indignado, y el señor enterado de todo!

SIXTO. No creo que usted pudiera ver algo que provocara su indignación.

JIMMY. Cuanto he visto no tiene importancia. Tratándose de una persona de su modo de pensar, acontecimientos peores pudieron sobrevenir... Son infantiles, ingenuas, esas charlas matinales de su esposa con el señor Quesada, bajo la caricia del sol, entre el emparrado de jazmines; aunque se trate de un galán tan peligroso como el señor Quesada, experto en el manejo de la palabra, y hábil relator de historia divertidas, que crean, sin que uno lo advierta, y entre el que las relata y el que las escucha, una atmósfera de intimidad, de compli- cidad, casi de abandono...

SIXTO. ¡Mi esposa no escucha las historias divertidas del señor Quesada!

JIMMY. ¡Las escucha! ¡Los he visto!

SIXTO. (*Queda anonadado. Se recupera.*) Alguna vez podrá escucharlas, pero nunca, ¡nunca!, se ríe con ellas...

JIMMY. (*Triunfante.*) ¡Se ríe! ¡Oh, y qué carcajadas las de su esposa! ¡No sé cómo no las escucha usted desde la farmacia! A mí me hacen temblar, encendiendo en ira mi sangre...

SIXTO. ¡Me aniquilan sus palabras!

JIMMY. No me crea. No está bien que demos crédito al primer desconocido que nos sale al paso. Ahora bien. Convéznase usted mismo. Acuérdesse de aquello: ver y creer. ¿Me acepta un consejo?

SIXTO. No.

JIMMY. Lo siento, porque iba a indicarle que fuera hasta la farmacia y volviera... ¡a ver qué pasa!

SIXTO. Sería espiar; algo inadmisibles en un caballero.

JIMMY. Es el único modo de ver, u oír, para creer.

SIXTO. Tendré que pensarlo. Soy un caballero. Muchas gracias.

(*Se va Sixto. Sale Leonelo de la Aduana. Jimmy lo recibe con ternura.*)

JIMMY. ¡Hermanito mío! Anda, dame un abrazo... (*Lo abraza; lo sienta en la fuente; acariciándole la cabeza.*) No quise despertarte cuando me levanté. Sentí cuando te quedaste dormido, casi al amanecer, sobre mi pecho. Pudiste mirarme cuanto quisiste.

LEONELO. Y quise mirarte más; pero me rindió el sueño. Mas, seguí mirándote, porque soñé.

JIMMY. ¿Qué? Dímelo.

LEONELO. Te tenía tan dentro de mis ojos que aun después de cerrarlos allí estabas. Soñé que, en la inquietud de tu sueño, te volvías, dejándome ver aquí, debajo de tus hombros; que allí nacían como dos pequeños retazos de terciopelo blanco que te cubrían las espaldas. Brillaban tanto, que tuve deseos de pasar mi mano por esa blanca suavidad...

JIMMY. ¿Y lo hiciste?

LEONELO. Sentí como cuando acariciamos las plumas de un ave, las de las alas, las más sedosas. Pensé entonces que abrazaba un dios, o un ángel, o un demonio. Tuve miedo, sentí frío y dejé de soñar.

JIMMY. ¿Y esta mañana?

LEONELO. Me he levantado muy feliz. ¡No estoy solo en el mundo! ¡Conoceré a mi madre!

JIMMY. ¡Es lo que importa! Se acabaron para ti las inquietudes. Verás qué felices seremos todos en casa cuando regresemos. *(Se levanta y se dirige a la puerta de la Aduana.)*

LEONELO. ¿Será pronto?

JIMMY. Pronto. Ya te diré cuándo. *(Llama:)* ¡Quesada! ¡Quesada! *(Sale Quesada.)*

JIMMY. ¡Qué mala suerte! ¡Te demoraste mucho! Te llamé para que la vieras.

QUESADA. *(Vivo interés.)* ¿Estaba en el jardín?

JIMMY. Sí, hombre, ahora mismo. Hace un rato que esa mujer está como desesperada... Se asoma a la ventana; sale al jardín; vuelta a entrar; vuelta a observar por la ventana, siempre mirando para acá, como deseando verte aparecer.

QUESADA. ¡No me digas! Pues aprovecho la oportunidad y para allá me voy; porque sin duda todas esas entradas y salidas significan que quiere verme.

JIMMY. Sin timidez. Entra sin pedir permiso; no te expongas de nuevo al error de una doméstica. La que hasta este momento estaba desesperada por verte, fingirá enfadarse y escandalizarse por tu atrevimiento. Pero tú, que dominas el verbo, y que dispones de sobrados recursos, sabrás salir del paso. Y ella te lo agradecerá; la intimidad de cuatro paredes pone el ochenta por ciento de las oportunidades a favor del hombre. ¡Ah! Y no olvides el cuento del loro.

QUESADA. Eso antes que nada.

*(Toca la puerta del bungalow. Sale Dolly.)*

QUESADA. Buenos días, simpática Dolly. *(Empuja a Dolly y entra en la casa.)*

DOLLY. ¡Eh! ¿y eso?

VOZ DE ESTEFANÍA. ¿Quién es, Dolly?

DOLLY. El señó d'enfrente, que entró sin nadie mandarlo pasá... *(Entra Dolly. Corre Jimmy a la puerta y trata de oír lo que hablan en el interior. Se ríe.)*

LEONELO. No te enfades, Jimmy; pero creo que no está bien lo que haces.

JIMMY. No seas tonto; no es nada malo... Es una picardía que ellos mismos me agradecerán...

*(Sale Raimundo de la goleta. Viste indumentaria de mar, como los otros tripulantes; camisa de felpa de manga corta y gorra marinera. Jimmy, al verlo desde donde se encuentra, lanza una carcajada. Se acerca a él.)*

JIMMY. Raimundo, ¡si vieras lo que luces! ¿A qué vienen esas ropas de mar en tu cara de campesino?

LEONELO. Te hacíamos camino de Santa Fe...

RAIMUNDO. Me iré en la goleta. El Capitán me dijo que mis ropas no servían para el mar. Me dio éstas.

JIMMY. Espero que nos cuentes qué ha sucedido. Iba yo ahora a ver al Capitán, para decirle que no podías partir.

RAIMUNDO. Es necesario. Comprenderán cómo voy. Estoy aturdido. No sé si lo que hago está bien o mal; pero tengo que hacerlo. Hace una hora nada más que entré en la goleta, y ya me siento mareado. Como si me hubieran arrancado de mi mundo para colocarme en otro que me es extraño. Comprendo que te rías, porque debo lucir muy ridículo con esta ropa, que no sé llevar. Jarcia muerta; jarcia viva; pico de la cangreja; obenque, sobremesana... ¡qué sé yo de cuantas cosas más he oído hablar en una hora! ¡ni en cien años que viva aprendo yo lo que es todo eso!

LEONELO. *(Adolorido.)* Raimundo, ¡no quieres contarnos lo que te pasa!

JIMMY. No insistas. Hay algo sagrado en el silencio de los hombres. Se debe respetar.



RAIMUNDO. *(Después de una pausa.)* ¡De los hombres! ¡Oigo hablar de «hombres» y por primera vez en mi vida me siento aludido. ¿Es que no lo fui hasta hoy? Sea como sea, y por encima de esa angustia y esa inquietud de mi partida, me siento muy feliz, como nunca lo he sido, de sentirme hombre.

LEONELO. Creo que para algo somos tus amigos, y que algo más podemos saber de lo que te pasa.

RAIMUNDO. No sé exactamente cuándo regresaré, Leonelo. La goleta lleva un cargamento para el Mariel, el primer arribo; después, Suramérica, para entrar en el Pacífico. Puede ser que me desenrole en el Mariel. Desde allí podré regresar a la isla dentro de pocos días. Pero es la dificultad. Que son demasiado pocos los días. ¡Y necesito mucho! ¡Muchas horas de mar, oyendo hablar de obenques y mesanas! *(Una pausa.)* Debo pagar algo que me robé... hacerme digno de una prenda muy valiosa que obtuve sin méritos.

LEONELO. Eres muy bueno y muy digno de cualquier prenda, por valiosa que sea.

RAIMUNDO. Hablé para Jimmy. *(Una pausa.)*

JIMMY. ¿Lo has pensado bien?

RAIMUNDO. Sí. ¡Basta de chiquilladas!

JIMMY. No sospeché este desenlace. Eso se llama algo así como... purificación en el combate a los fantasmas de nuestras propias obras...

RAIMUNDO. Sé por qué lo hago. *(Una pausa.)* Y soy feliz. Mucho. Regresaré. Ella esperará por mí, sea mucho o poco el tiempo que esté afuera.

JIMMY. Puede deducirse de tu actitud que anoche realizaste ampliamente tu propósito... *(Espera como un comentario de Raimundo; pero éste calla.)*

LEONELO. ¿Le dijiste al fin lo que querías decirle?

RAIMUNDO. Sí, Leonelo. Y ella me contestó lo que yo quería que me contestara.

JIMMY. ¿Te resultó muy difícil?...

RAIMUNDO. *(No quiere oír la pregunta de Jimmy.)* Por todo eso soy muy feliz, Leonelo, y no me pesa lo que hago. Cuando regrese ya tú sabes! nos casamos; tengo ahorrado unos pesos; ganaré otros en la goleta...

LEONELO. Vendrás con muchas perlas...

RAIMUNDO. No tengo mucha fe en las perlas que podamos pescar. Tendré siempre lo bastante para levantar mi casita ¡ya sabes tú! junto a los toronjales...

JIMMY. Estoy preocupado... Como, de cierto modo, soy responsable de lo sucedido... Quiero decir, de lo que imagino que haya sucedido... Ahora comprendo que debí prevenirte y... recomendarte ponderación... en la expresión de tus sentimientos...

RAIMUNDO. No tienes que inquietarte... Soy tu amigo y te agradezco cuanto hiciste por mí.

JIMMY. Es que... te estás conduciendo con una reserva... tan poco amistosa. Comprenderás que es muy natural... y muy sano... el deseo nuestro... de Leonelo y mío... de conocer... no digo en detalles, pero sí en término general... el desenlace de... una cuestión que nos tuvo tan preocupados a todos... Por ejemplo, si, después que entraste en la alcoba...

RAIMUNDO. *(Súbita ira.)* ¡Cállate! ¡No menciones eso!

*(Pausa. Hay algunos tripulantes en la goleta y en el muelle.)*

JIMMY. ¡Vamos, amigo Raimundo! ¡Estás nervioso! ¡No quise ofenderte! El caso es que te vas... Lo sentimos; pero no insisto en este punto porque comprendo que tu decisión es firme. ¡Hay que respetar la decisión de los hombres! Ahora bien, ¿a qué estar melancólicos si estás contento? Alegrémonos. ¿Te parece bien?

RAIMUNDO. Prefiero que estén todos alegres.

JIMMY. Así me gusta. Démosle un poco de ánimo a ese espíritu tuyo, bastante alicaído. ¿Qué te parece tomar unas copas?

RAIMUNDO. Como tú quieras.

JIMMY. *(A los tripulantes.)* ¡Ea! ¿Qué les parece mojar un poquitín el gaznate. *(Hace ademán de beber.)*

TRIPULANTES. *(Gestos de aprobación.)* Uh... Uh...

UN TRIPULANTE. ¡Que convide el grumete!

TRIPULANTE. Uh... Uh...

LEONELO. Jimmy, que está prohibido beber a los tripulantes, y más cuando el barco está de salida...

*(Salen los tripulantes y se unen a la algazara.)*

JIMMY. Una vez es una vez, Leonelo. Se va nuestro amigo y hay que celebrarlo.

TRIPULANTES. (*Contentos.*) ¡Vengan, que nos invitan a un trago!

LEONELO. No nos venderán bebidas en los establecimientos...

TRIPULANTES. (*Dsgustados.*) Ah... Ah...

JIMMY. ¡Ah! (*Transición.*) ¡Qué idea! ¡Hurra!

TRIPULANTES. (*Celebrando la solución del problema.*) ¡Hurra!

JIMMY. (*Pensando.*) ¿Dónde escondí la damajuana de aguardiente? Vamos a buscarla. ¡Hurra!

TODOS. ¡Hurra!

JIMMY. (*Una breve pausa.*) ¿Quién se ríe con esas carcajadas estentóreas? (*Ahora comienzan a oírse las carcajadas de Estefanía. Todos escuchan un momento.*) ¡Alguién a quien están haciendo cosquillas! ¡Hurra!

TODOS. ¡Hurra!

(*Se van todos, Jimmy a la cabeza. Siguen las carcajadas de Estefanía. Por el otro extremo de la calle entra Sixto; desde lejos ha oído las carcajadas, que se suceden en todos los tonos imaginables. En medio de la plaza, mirando al interior, por la ventana abierta:*)

SIXTO. ¡Tenía razón el otro! ¡Ver y creer! ¿Qué se hizo de tu virtud, esposa mía? ¿Qué malos vientos te arrancaron mi honra, que en ti deposité, y que rueda ahora por el fango? ¡Oh, veleidad femenina! ¡Y no muero al comprobar que moras en todo corazón de mujer, aun en el de la más virtuosa! ¡Y ríes! ¡Se convulsiona tu cuerpo, y vibras entera al ritmo de tus quijadas! ¡Nunca a mis gracias te mostraste tan divertida! ¡Llévate la mano al vientre, que vas a desternillarte! ¡Así!

(*Aparece Estefanía por la ventana, siempre riéndose, y con las manos al vientre; se inclina hacia afuera, doblándose, como queriendo verter en el jardín su risa.*)

ESTEFANÍA. (*Entre las carcajadas.*) ¡Ay, Sixto, esposo mío, qué risa más loca! ¿Tienes algún remedio en la farmacia para contenermela?... ¡Ay! ¡Me muero!...

SIXTO. ¡No fuera verdad que te murieras, para que tanta vergüenza desapareciera del mundo!

(*Se abre la puerta. Sale Quesada.*)

QUESADA. ¡Extraordinario, doctor! ¡Es formidable ese cuento! ¡Con él no hay quien se resista!

(*Entra en la Aduana, con la euforia del triunfo. Sixto lo sigue con la mirada, lanzándole rayos de muerte.*)

ESTEFANÍA. ¡Ay! ¡Jamás me he reído tanto! (*Se calma la crisis.*) ¡Ay, pichoncito de mi alma, si oyeras qué historia más chistosa!... Imagínate que era un loro muy glotón... ¡Ay, pero qué glotón era ese loro! (*Vuelven las carcajadas.*) ¡No puedo contártelo! ¡Me lo impide la risa!

SIXTO. Estefanía, dejémonos de loros. La situación es grave. Mucho. En este momento ha quedado roto nuestro vínculo matrimonial. ¡Adiós! ¡Me has perdido! ¡Dejé de ser tu esposo! Espero no verte nunca más. Jamás volveré a poner mis pies en esa casa, que levanté con el honrado sudor de mi frente. ¡Oh, fidelidad de la mujer, utopía de los hombres crédulos, ¿dónde te escondes? No será en ti, perversa Estefanía...

ESTEFANÍA. ¡Pichoncito de mi alma, qué estás hablando! ¡Esperate!

(*Se va de la ventana y sale inmediatamente al jardín, junto a Sixto.*)

SIXTO. ¿Qué vienes a buscar a mi lado? ¿No temes que se desate la ira que apenas reprimí, y que ciegue con mis manos esa fuente de carcajadas impúdicas que es tu garganta?

ESTEFANÍA. ¡Por Dios, Sixto, qué cosas están hablando! ¡Si me dejaras explicarte!

SIXTO. Te prohibí que recibieras al señor Quesada...

ESTEFANÍA. No lo recibí; entró sin que nadie le diera permiso; después no lo podía arrojar a la calle...

SIXTO. Y en vez de tener presente, en todos los instantes de esa obligada entrevista, la prohibición de tu esposo, te abandonaste a la música de sus palabras, y oíste sus cuentos...

ESTEFANÍA. No quería oírlo; le rogaba que se marchara...

SIXTO. Pero él insistía...

ESTEFANÍA. Oh, sí... ¡qué ardorosa insistencia la suya!

SIXTO. Y oíste...

ESTEFANÍA. Y oí... No pude evitarlo.

SIXTO. Y te reíste...

ESTEFANÍA. Y me reí, porque... *(Vuelven las carcajadas.)* ¡Era tan simpático el cuento, y él sabe decirlo con tanta gracia! ¡Ay, Sixto *(Siguen las carcajadas.)* ¡Voy a desternillarme!

SIXTO. ¡Qué vulgaridad! ¡Y esto fue mi esposa! ¡Negra Dolly!

ESTEFANÍA. Sixto, por Dios, déjame que te explique.

*(Pasa la crisis.)*

SIXTO. Nada tienes que explicarme... ¡Adiós! ¡Para siempre!

ESTEFANÍA. Sixto, pichoncito de mi alma ¡sé tolerante con una debilidad de tu pobrecita esposa!

SIXTO. ¡Nunca! ¡Soy un hombre de honor! Y, primero muerto, ¡oyelo bien!, antes que volver a tu lado... ¡Adiós!

*(Se va.)*

ESTEFANÍA. ¡Sixto! ¡Sixto!

*(Sale Dolly.)*

DOLLY. ¿Cómo seña Etefaní etá llamando al doctó? El doctó debe etá en la farmacia.

ESTEFANÍA. ¡Dolly! ¡Dolly! *(Rompe a llorar.)* ¡Qué desgraciada soy!

*(Entra en la casa, seguida de Dolly. Sobre el llanto de Estefanía oyense los gritos y exclamaciones de los tripulantes, que vuelven con Jimmy, Leonelo y Raimundo. Jimmy trae la damajuana de aguar-diente. Los tripulantes están borrachos. Algunos vienen abrazados para poder sostenerse en pie. Siguen grupos de vecinos que van a pre-senciar el despegue de la goleta.)*

TRIPULANTES. *(Cantando:)*

*Casey would walts with  
à strawberry blond,  
and the band played on...*

UN TRIPULANTE. ¡Qué fuego líquido tenía el galón. ¡Me ha quemado el gznate!

JIMMY. Esto se llama «Agua de Jamaica».

UN TRIPULANTE. ¡Pues vaya con el agua esa!

*(Sale el Capitán de la goleta, en su estado normal: borracho.)*

CAPITÁN. ¡Furia de Dios! ¿Pero qué rayos han estado haciendo ustedes? ¿Cómo se han atrevido a beber?

UN TRIPULANTE. Capitán, ¡había que bautizar al grumete!

CAPITÁN. ¡Cállate! ¡Hijo de mala pécora! ¿No saben todos que estamos de salida? ¿Cómo voy a trabajar el cruce del canal con hombres borrachos? ¡Arriba todos! ¡A levantar las gavias! ¡A bordo! ¡Aduana! ¡Qué hace la cochina Aduana de este pueblo! ¿Cómo han permitido que se emborrachen estos hombres? ¡Arriba todos!

*(Van subiendo los tripulantes; despliéganse las velas.)*

RAIMUNDO. *(Aparte a Leonelo.)* Hazme un favor: Corre. Dile a Lila que ¡por Dios! no se le olvide su promesa: estar en la terraza cuando la goleta zarpe. *(Una pausa.)* Y... dile... dile... Anda; corre...

*(Entra Leonelo en la casa. Raimundo sube a bordo, y queda apoyado en un obenque, mirando la terraza.)*

CAPITÁN. ¡Levanten el puente! ¡Cuidado tú, animal, con esa cangreja! *(Quitan la escala tabular. A dos jamaquinos que están en el muelle):* ¡Suelten el cabo! *(Los jamaquinos levantan el cabo y lo dejan caer al agua.)* ¡A los del arrastre! ¡Que estén listos!

JIMMY. *(Está cómodamente apoyado en la pared de la Aduana.)* ¡Capitán!

CAPITÁN. ¿Qué?

JIMMY. Se le olvida algo. ¡Mire! *(Le enseña la damajuana, vacía.)*

CAPITÁN. ¡Cómometela, bribón! Procura no encontrarte conmigo cuando vuelva a Nueva Gerona, porque lo vas a pasar muy mal... ¡Del Capitán no se burla nadie! ¡Animo, tripulantes borrachines!

## TELÓN

## CUADRO QUINTO

*El mismo lugar, de noche. Ya no está la goleta. Al fondo distinguese la orilla opuesta del río. En escena Lila, Jimmy, los jamaquinos y vecinos. Encendidos los dos faroles de gas y la lámpara de petróleo en el almacén. Están los jamaquinos con la vista al mar,*

unos de rodillas, otros de pie, todos contritos, en actitud de rezo. Un jamaicano hace las invocaciones y conduce la oración; en sus gesticulaciones e indumentaria es una rara mezcla de pastor anglicano y sacerdote afro. Lleva una luz que agita a manera de incensario. Ligero acento exótico en su habla. Lila está sentada en el jardín, en rígida actitud de espera. Jimmy en el almacén, echado sobre la paja. Trata de dormir.

PASTOR. Poderoso Rey de las Tinieblas, escucha la invocación de tus hijos...

JAMAICANOS. Escúchala, Poderoso.

PASTOR. Mucha es tu fuerza; desatas las tempestades; las tempestades se desintegran a tu voz, porque todo lo puedes...

JAMAICANOS. ¡Oh, Poderoso!

PASTOR. Cuando estás iracundo, las llamas de tus ojos, como descargas de fuego, todo lo destruyen. ¡Líbranos de tu ira!

JAMAICANOS. ¡De tu ira líbranos, Poderoso!

PASTOR. Pero al mal sigue el bien; a la tempestad el arco iris; porque grande como tu furor es tu misericordia. A tu misericordia acudimos.

JAMAICANOS. A tu misericordia acudimos, Poderoso.

PASTOR. ¡Escúchanos!

JAMAICANOS. ¡Escúchanos, Poderoso!

(Una pausa.)

PASTOR Y JAMAICANOS. (Voz apagada, como un murmullo.) Our Father who art in Heaven. Hallowed be thy Name. Thy kingdom come. Etc.

(Jimmy se encuentra incómodo; no puede conciliar el sueño; se sienta en el lecho, malhumorado.)

JIMMY. (Sobre el murmullo del Padre Nuestro.) ¡Maldita gente! ¡No me dejan dormir!

(Vuelve a acostarse. Se abre la puerta de la cocina del bungalow. Sale Dolly. Se acerca a Lila. Sobre el rezo de los jamaicanos.)

DOLLY. Niña Lila debe irse a dormir... E tarde ya... Too s' 'an costao. Si niña Lila queré, se va a dormir y ña Dolly esperá toa la noche. Si algo se sabé ña Dolly la despertá... Inquietú va a enfermá a niña Lila... (Lila no contesta. Dolly se sienta a su lado.)

Dió e mu poderoso y muy bueno, niña Lila. El no va a consenti que sucedé na malo. Goleta se hundí too lo día. Hay que sabé navegá muy bien por eto mare, pa no chocá con lo bajo... Pero eso no queré decí que lo hombre no se podé salvá... Casi siempre lo hombre se salvá...

LILA. ¿Han regresado más pescadores?

DOLLY. Etán volviendo a ca rato.

LILA. ¿Nada?

DOLLY. Dicen que ná.

LILA. ¿Regresaron los últimos?

DOLLY. Ñá Dolly no sabé. Ñá Dolly confiá en Dió.

PASTOR Y JAMAICANOS. Our Father, who art in Heaven...

JIMMY. (No puede soportar y se levanta, iracundo; remedando el acento de los negros:) «Our Father, who art in Heaven...» (Se pone en la ventana. Se distrae mirando a Lila): ¡Y es linda! (Se acomoda en el alféizar. Se distrae un momento. Pero se aburre pronto y comienza a silbar. Es «Beautiful Dreamers» de Foster. La canción que tocaba el acordeón la noche antes. Al principio es bajo el silbido; pero suena bien en el silencio de la plaza, y se inspira, silbando a todo pulmón, y apagando el murmullo de los rezos. Al oír la canción, Lila se levanta. Eleva los ojos al almacén y clava en Jimmy una mirada de odio. Los jamaicanos suspenden el rezo y miran a Jimmy, horrorizados. Jimmy, haciéndose el distraído, sigue con su música.)

PASTOR. ¿Quién se atreve a turbar nuestra invocación? ¡Con Dios hablamos! ¡Respete! (Jimmy continúa silbando.) ¡Si no calla lo bajamos y lo arastramos por todo el pueblo!

JIMMY. (Cede a la amenaza; remedando, ahora en alta voz:) Our Father, who art in Heaven... ¡Cochinos!

(Vuelve a echarse en la cama. Los jamaicanos continúan con su murmullo. Lila se sienta. Cesan los rezos de repente. Todos miran a la izquierda.)

PASTOR. Dios, ¡haz que esos hombres que llegan nos traigan noticias de tu Misericordia!

(Miran los jamaicanos hacia la izquierda. Un silencio. Se levanta Lila, abre la verja y sale del jardín. Al llegar al centro de la plaza, junto a la fuente, dirige los ojos al cielo, une las manos, y suplicante:)

LILA. ¡Hazlo, Poderoso!

*(Entran Quesada, Leonelo y grupo de pescadores y vecinos. Vienen cansados y abatidos. Comprenden los que están en escena que traen noticias malas, y nada preguntan. Se agrupan a su alrededor. Lila se retira a la verja del jardín. Jimmy se levanta.)*

UN VECINO ANCIANO. Hicimos lo que se podía hacer; llegamos hasta donde se podía llegar.

PASTOR. ¿Sin esperanza?

EL ANCIANO. Ninguna. Clavada en la rompiente con que chocó está la goleta, deshecha, abierta en dos, con el casco al cielo. Registramos lo que se podía registrar. Las olas arrastrarían al mar los cadáveres. Ni los botes ni los salvavidas pudieron ser utilizados. Recorrimos después todos los cayos de por ahí... ¡no hay esperanza!

PASTOR. ¡Aceptemos la voluntad de Dios!

EL ANCIANO. A descansar ahora. Mañana habrá tiempo para los comentarios y las lamentaciones. *(Todos se van retirando por las calles.)* ¡Pobre Raimundo! ¿Cómo pudo ocurrírsele el mar, cuando él nació en la tierra, y para la tierra?

*(Se van Quesada, los jamaíquinos, vecinos y pescadores. Queda Lila en la verja del jardín; Dolly en la puerta del bungalow Leonelo en la fuente de la plaza, con la cabeza entre las manos, y Jimmy en la ventana del almacén. Un silencio.)*

LEONELO. ¡Lila!

LILA. ¡Leonelo!

DOLLY. *(Después de una pausa.)* ¿Qué perá hora la niña Lila? Ya no hay qué sabé...

LILA. Sí. Es la hora de descansar.

*(Atraviesa el jardín y entra en la casa, seguida de Dolly. Desaparece Jimmy del almacén y sale por la puerta de la Aduana. Se acerca a Leonelo.)*

LEONELO. Ya no le veré más. Cuando vaya a Santa Fe será inútil que le busque empedrando los manantiales de Mr. Harding. Quería enseñarme una escopeta que Mr. Harding le regaló. Ya no podrá hacerlo. Ni podré yo jamás recorrer los caminos que recorriamos juntos, porque ya serán otros. Serán más largos y anchos; más hermosos; orillados de árboles de copa ancha, acogedora y murmurante,

con cascotes de mármol prensado en el suelo; pero no serán los mismos. Los que vi con él. Como si los hubiera visto con sus ojos. De modo que yo habré muerto un poco también.

JIMMY. O te habrás asomado a un paisaje para ti nuevo, en el que son más sutiles y cambiantes los tonos del verde. No tengas pensamientos grises para el que ha partido. No pienses en él, como no sea para envidiarle. Hoy hay fiesta por él en la casa de los dioses; porque es joven y bello; porque lleva en los labios aún una gota de miel.

LEONELO. Te lo ruego Jimmy, no me hables esas palabras que no entiendo; y, sobre todo, no las digas en esa forma de... alegría, que me espanta. ¿Cómo no lamentaré que se haya ido? Todos sus proyectos, rotos. ¿Y el bien que él pudo hacer, porque era bueno? ¿Quién lo hará? ¿Yo? ¿Tú?

JIMMY. Tú y yo. Yo sudaré las fatigas; sufriré las canas y las arrugas a él destinadas; tú abrirás el surco de tierra con la que sus manos ya no se han de manchar.

LEONELO. Tienes salida para todo. Hablas cuando debías callar. Perdóname que te lo diga, Jimmy, y no te enfades... Pero debías callar. Quisiera verte sentir un poco de remordimiento.

JIMMY. Hermanito mío, ¿por qué voy a sentir remordimiento? ¿Qué culpa tengo yo de cuanto ha ocurrido? ¡Siempre me sucede igual! ¡Toda la culpa la carga Jimmy! ¡Ahora quieres turbarme la conciencia y responsabilizarme! ¿Sabes lo que es tener ese cargo de conciencia? ¡No podré sentirme tranquilo en todos los días de mi vida!... ¡Un sufrimiento más a los muchos que ya tengo!

LEONELO. Es inútil, Jimmy; no te enfades, pero me parece que tú no tienes sufrimientos, y que nada te importa lo que puedan pensar de ti... A pesar de que eres mi hermano mayor, y que debo quererte ¡y respetarte por sobre todas las cosas!, estoy obligado a decirte la verdad; y no hacer lo que tú, que dices mentiras a cada paso ¡por el gusto de decirlas! cuando ningún provecho sacarás de ellas...

JIMMY. Cuida lo que hablas... ¡Me estás hiriendo!

LEONELO. Otra mentira tuya, Jimmy; me parece a mí que a ti nada te hiere, ni que te llamen vagabundo, ni otra cosa peor; que finges estar herido o avergonzado ¡sabe Dios para qué!; pero que ni sufres la vergüenza ni la conoces...

JIMMY. No des un paso más, muchacho, por ese camino... Te pesará...

LEONELO. Pégame, si quieres; eres mi hermano mayor y estás autorizado... Yo tengo que decirte la verdad, porque se me ha muerto mi amigo por culpa tuya. No creas que dejaré de quererte por esto. Ahora, habría preferido que fueras de otro modo de ser. Eres muy inteligente. ¡Dicen que la experiencia enseña!

JIMMY. Hace un momento tuve ganas de castigar tu falta de respeto; porque me has faltado el respeto, y a un hermano mayor no se le falta ¡nunca!, pero es tanto mi cariño, Leonele, tanto lo que quiero yo a mi hermanito, al que hemos buscado durante tantos años, y por el que tanto hemos llorado en casa, que toda mi ira se convierte en dolor, aunque digas que finjo y que soy mentiroso... No me lo creas... Déjame con mi pesar y mis lágrimas... ¿No ves cómo sufro?

LEONELO. Dicen que lloran también los cocodrilos... Mañana podré creer otra vez. No ahora. Ahora se me figura que por dentro te estás riendo de mí.

JIMMY. ¡Mi mala estrella! ¡Siempre me ocurre igual! ¡Me persigue la incomprensión de los hombres! ¡Todos a buscarme cuando están necesitados, porque Jimmy es ligero de imaginación y sabe inventar tretas para resolver dificultades!... Mas, cuando las cosas no salen como a cada uno le interesa... ¡a echarle la culpa a Jimmy! ¡A ofenderlo! ¡A herirlo! Cuando así me trataban los demás hombres, me refugiaba en la esperanza de encontrar a mi hermanito querido, el que sabría comprenderme siempre, y alejar con su cariño mis tristezas, cuando estuviera triste y abatido, que son casi todas las horas de mi vida. Pero ¿qué he de esperar si el más implacable de todos los hombres resulta mi propio hermano? *(Una pausa. Leonele lo mira.)*

LEONELO. Pienso algo... No te enfades, Jimmy. Debo decirte. ¿Es una toronja lo que quieres? Voy al monte a buscarla, por tal de no verte fingir.

JIMMY. Hermanito de mi corazón ¿qué otra ofensa me tienes reservada? *(Leonele está impasible; con voz desgarrada):* ¡Leonele!

LEONELO. *(Frio, después de una pausa.)* Te conviene llorar; si son lágrimas sinceras, mejor. No he de ser yo quien te consuele ahora... o mientras piense en Raimundo. Voy a dormir.

*(Se dirige a la Aduana. Cuando comprueba Jimmy que la insólita firmeza del muchacho hace fracasar su burda treta, se levanta, abandona el instrumento de su compunción, ya ineficaz, y lo llama de nuevo, esta vez autoritario.)*

JIMMY. ¡Leonele! *(Leonele se vuelve.)* ¡Parece que tú también te has hecho hombre!

LEONELO. *(Casi insensible a la situación.)* ¿Por qué me miras así? ¡Nunca me habían mirado en esa forma!

JIMMY. Por tu insignificancia sólo te han dirigido miradas de compasión. No conoces otras.

LEONELO. Hasta que llegaste. Has sabido mirarme con fraternal cariño. Sin embargo, no es cariño lo que hay ahora en tus ojos.

JIMMY. Es odio.

LEONELO. *(Sin sorprenderse ni alterarse.)* No lo conocía.

JIMMY. Me responderías, si fueras menos tonto, que con mucha facilidad recorro el diapasón de mis sentimientos, porque paso del amor al odio en una santiamén. En realidad es la misma cosa. Siento por ti en estos momentos lo mismo que ayer; era ayer fraternal cariño; ahora, odio. Depende todo de las circunstancias. Se han mellado mis armas en ese bozo incipiente de tu virilidad. Esto me incomoda. Y ya no te quiero.

LEONELO. Está bien.

JIMMY. Algo más. Me presumo que el golpe que dejó sin vida en el mar a nuestro amigo Raimundo te ha fortalecido. Veremos si es cierto. Veremos cómo aguantas este otro... *(Una pausa. Leonele espera.)* ¿Quieres oírlo? ¿Si o no? *(Una pausa; Leonele espera.)* Oye: «No eres mi hermano»... *(Observa el efecto que producen sus palabras.)* ¡No eres mi hermano! No tengo hermano, ni mayor ni menor. Todo fue «mentira». «Men-ti-ra». ¿Oíste bien? «Men-ti-ra». *(Una pausa. Lo observa atentamente.)* Te conté que venía a la isla a buscarte y que en casa nos esperan antes de quince días, porque cuando llegué al pueblo me enteraron de tu situación y de tus afanes; y lo hice, tal vez para acercarte a mí, o para que me fueras deudor, porque entonces te quería un poquitín; o lo hice para asegurar mi ración diaria de toronjas; o quizá, ¡te digo que yo mismo no lo sé!, para gozar del placer de que ahora gozo: verte sufrir. Porque sufres como nunca en tu vida has sufrido. Mis palabras van cayendo en tu

corazón como gotas de plomo hirviente. Nunca podrás olvidarlas. Mientras vivas. ¿A qué sabe el dolor? Dime. Soy muy curioso. Anda, llora, muchacho. No seas tan perro. Ah, pero es que tu dolor es el más amargo, de ojos adentro. ¿Nada tienes que decirme?

LEONELO. *(Se ha apoyado en la fuente para sostenerse. Después de una pausa.)* No.

JIMMY. Y ahora subo a buscar mi equipaje. Querrás que me mude.

LEONELO. Sí. Vete.

JIMMY. ¡Jimmy, a dormir al relente otra vez! ¡Vale la pena! *(Entra en la Aduana. Aparece en el almacén. Recoge un pequeño lío que anuda al extremo de un palo.)* ¡Honré esta pocilga durmiendo en ella una noche! ¡Y no me lo agradece! ¡tonto! *(Desde la ventana le dirige la palabra a Leonelo.)* ¿Crees que acabé contigo? No. Espérate. Ahora va lo gordo. Veremos si lloras o no. *(Váse del almacén. Aparece por la puerta de la Aduana, con su batillo al hombro. Es el típico golfo aventurero.)* ¡Ah! ¡Qué feliz soy, chiquillo! ¡Vagabundear otra vez! ¡Nuevos caminos! ¡Nuevas caras! ¡Nuevas razones que se acercarán a mí! ¡Qué bueno es ser vagabundo! ¡Qué linda la tajada de luna, cayendo en el rocío lejano! ¡Qué linda el alba húmeda, cuando despiertan los pájaros en el camino! Tú querías ser vagabundo. Ibas a buscar algo... ¿Qué cosa era, Leonelo? Ah, tu mamá. No tendrás que buscarla. Después que sepas quién era, o quién es, porque no se sabe si vive o ha muerto, se te quitarán las ganas de emprender la búsqueda. Te lo voy a decir. Tan pronto llegué al pueblo, me lo contaron. Todos lo saben; pero te lo ocultan porque te tienen lástima. ¿Quieres oírlo? ¿Si o no?

LEONELO. Sea verdad o mentira lo que vas a decirme, no quiero oírlo de ti... ¿Qué daño te hice?

JIMMY. Ninguno. Ahí está la gracia de la cuestión.

LEONELO. ¡Vete!

JIMMY. Ya me voy, ya... Pues, oye...

LEONELO. ¡No quiero oír! *(Se tapa los oídos.)*

JIMMY. Una noche llegó a Nueva Gerona una patana; llevaba un cargamento de carbón; fíjate: de carbón. De esto hace... tu edad. ¿Qué edad tienes? Doce años. Pues, sí. Hace doce años llegó a Nueva Gerona una patana. Venía de los cayos. Estuvo en el puerto una hora apenas. El tiempo preciso para cargar dos barriles de agua.

Venían en la patana ocho personas: cuatro hombres, carboneros de puerto desconocido; y cuatro mujeres, prostitutas, que recogieron días antes sabe Dios dónde. Una de ellas era tu madre. Tú naciste esa noche. Te dejaron abandonado... donde quiera, tal vez junto a esa fuente. Y se fueron los ocho. Eso eres tú. Dime. ¿Qué tienes que buscar? ¿Sabes lo que es una prostituta? No lo sabes porque eres muy tonto. Pero ya lo sabrás cuando seas hombre. Acuérdate: «prostituta... Y no creas que miento. Es ésta la primera verdad que digo en muchos años. Y eso es todo. ¿No lloras? Allá tú... He terminado contigo. Adiós, Nueva Gerona. *(Al llegar al fondo de la plaza se vuelve; ha oído los sollozos de Leonelo.)* ¡Ah, con que lloras al fin! ¡Pobre tonto!

*Se va. Sobre el llanto de Leonelo cae el*

TELÓN

CUADRO SEXTO

*El mismo lugar del primer cuadro; cámara que supone un interior. Hacia el lado izquierdo están Leonelo anciano y la Enfermera. Esta se ha quedado dormida con la revista abierta sobre las piernas. Al lado derecho, bajo el cono de luz están Lila, Dolly y Leonelo, niño. Lila, sentada. Dolly a su lado, de pie; con una cucharilla agita el contenido de una taza. Leonelo, sentado en el suelo.*

DOLLY. La gente sé así; se meté en to... Depué se poné a criticá a l'hija de señó Gustin Valdé... porque llegó vestía no sé cómo; que si la blusa; que si l'entredó... ¡Hablaron má!

LILA. ¡Si ella se viste muy bien! Todos los veranos hace un viaje a La Habana para comprarse ropa.

DOLLY. Ah... ¡pue ya tú ve! ¡Qué modo e criticá! Y la señá Etefaní sé la primera en criticá. Dede la cera ña Dolly la ve hablando bajito con la que tenía al lado. Depué tocá e piano un señó, l'amini-tradó de Correo. Depué cantó la hija de jué. ¡La plaudieron má!

LILA. ¡Tan bien como canta! ¡Ay, Dolly, quién hubiera podido oírlo!

DOLLY. Ah... Y ña Dolly mirando tó... figoneando tó, pa contá depué a niña Lila.

LILA. ¿Qué más?

DOLLY. Ña Dolly se va ante que s'acabá. Habé mucha gente en la calle y en la cera... Y cuando hay apretujao de gente lo negro se poné muy pesao.

LILA. No me has dicho si tocaron «La Lisonjera».

DOLLY. ¿Qué e eso? ¿Aquello que niña Lila tocá ante d'enfermá?

LILA. *(Casi alegre.)* Tan... tan... tan... tan... tan...  
Tan... tan... tan... tan... tan... tan...

DOLLY. Sí. La que lo tucá s'equivocó y tené que volvé a empezá... Entonce la profesora de niña Lila se poné a su lao, a doblá la hoja... A vé... que se va a enfriá mucho. *(Le da la taza a Lila.)* No'acé paviento, que no'e tan malo e tomá.

LILA. ¡Dolly! ¡Dolly!

DOLLY. ¡Tomá! ¡Tomá d'una ve! ¡No acé paviento! ¡No'acé paviento! ¡Vamos, niña, tomá d'una vé!... ¡No sé cómo eta niña se va a curá si no queré tomá la melicina! Así... Así... ¡No! ¡No! ¡Tomá to! ¡Tomá to, niña Lila! ¡No dejá na! ¡Así! ¡E mu buenita la niña Lila! ¡Anjá! Limpiá tu boquita, pa que se í e sabó. ¡Así!

*(Recoge la taza y se va. Lila reclina la cabeza y queda ensimismada. Muy lejos, muy tenue, óyese el acordeón, en una distorsión rítmica de «Beautiful Dreamer». Las notas se alargan, temiendo juntarse la una a la otra; a cada momento parece que fuera a quebrarse la melodía. Al fin se rompe, antes de terminar una frase musical cualquiera, en una nota que se extiende hasta apagarse.)*

LEONELO. ¿Quieres dormir?

LILA. No.

LEONELO. Dicen que no se te debe molestar cuando estás descansando.

LILA. No importa. Deseaba que llegaras.

LEONELO. Si es así...

LILA. Quédate. Estuvo muy bonita la velada del Liceo.

LEONELO. Se oyó la música hasta muy tarde.

LILA. Hasta muy tarde. Apenas pude dormir. El médico quiere que duerma mucho. ¿Sabes que ayer me encontró muy mejorada?

LEONELO. Sí, y que dentro de tres meses te podrás levantar y salir.

LILA. ¡Estoy muy contenta!

LEONELO. Yo también estoy muy contento de que sanes pronto, Lila.

LILA. Dice tía que cuando esté completamente restablecida vamos a pasear mucho. Hemos pensado hacer un viaje a La Habana. ¿No tienes ganas de ver La Habana? ¡Tan linda como dicen que es! Hay muchos paseos y coches por las calles; y teatros a donde la gente va a divertirse. No podré salir mucho por las noches, porque dice el médico que debo resguardarme. Pero alguna que otra vez si podré ir. ¿Tú no crees?

LEONELO. Alguna que otra vez no te hará mucho daño. A lo mejor nos encontramos allí, porque pienso ir pronto, Lila.

LILA. ¡No me digas, Leonelo! ¡Qué contenta me pones! ¡Y qué calladito te lo tenías!

LEONELO. De eso quería hablarte hoy.

LILA. Cuéntame.

LEONELO. Nada, Lila; todo el mundo dice que a un muchacho como yo le conviene más estar en La Habana; que aquí en Nueva Gerona nada puedo hacer; ni aprender un oficio ni encontrar un trabajo, como no sea el monte y la pesca; que allí todo es más fácil y que se gana mucho dinero. Y yo quiero aprender... Trabajar de día y aprender por las noches; allí hay lugares donde se puede estudiar de noche.

LILA. Eso dicen. Alguna vez tía pensó mandarme a estudiar música. Tal vez lo haga todavía.

LEONELO. Es verdad que aquí en la isla puedo trabajar en el monte, o en las canteras; o también, si quiero en los cayos carboneros o pescando la esponja. Pero, yo quiero irme, Lila; y lo más pronto que pueda, mejor.

LILA. Y ¿por qué, Leonelo? ¿Tienes penas?

LEONELO. No, Lila; pero es que quiero irme. *(Una pausa.)* Ya no quiero estar más en Nueva Gerona.

LILA. ¿Vendrás alguna que otra vez a visitarnos, Leonelo, verdad? Porque aquí todos te queremos mucho.



LEONELO. Ah, Lila, natural que vendré. Y le traeré regalos a la señora Estefanía, y a ti, y a la señora Dolly, que han sido muy buenos conmigo.

LILA. ¡Qué mañana más linda! Mira, Leonelo, cómo brilla el sol en la superficie del río.

LEONELO. Parece una mancha de escamitas doradas.

LILA. Dan ganas de tirar una red, a ver si logramos apresar todas las lucecitas. Anda, levanta un poco más esa cortina, para verlas mejor. ¡Qué bien se ve ahora! ¿Hace muchos días que no vas por el camino de los framboyanes?

LEONELO. No me gusta ir a Bibijagua.

LILA. Si voy ahora, tan débil como estoy, el viento me arrastraría, como si fuera un sombrerito de paja...

LEONELO. Allí hace mucho viento. Es el cajón de aire que forman las lomas.

LILA. ¡Uf, qué viento! ¡si supieras el miedo que me daba cuando tenía que pasar por allí! Cuando esté buena y fuerte, volveré. Me gusta sentir miedo.

LEONELO. (*Sonríe.*) Estás bromeando, Lila; el miedo es malo.

LILA. (*Sonríe.*) ¡Es bueno! Así que te piensas ir... ¿Será muy pronto?

LEONELO. Lo más pronto que pueda. Tal vez antes de que tú estés restablecida.

LILA. ¿Me escribirás, verdad, Leonelo?

LEONELO. ¡Claro, Lila, cómo no! Tan pronto llegue a La Habana conseguiré trabajo; iré a la escuela por la noche y aprenderé a escribir. Te escribiré unas cartas muy largas, contándote todas las cosas bonitas que vea.

LILA. ¡Leonelo! (*Una pausa.*)

LEONELO. (*Está en espera de sus palabras.*) ¿Qué, Lila?

LILA. (*Sonríe, ensimismada.*) Quiero decirte algo, pero no me atrevo. Espera. Déjame ver cómo empiezo...

(*Una pausa. Vuelve a oírse el acordeón: unas notas del mismo tema. Lo hace huir la voz de Leonelo.*)

LEONELO. Di en alta voz lo que vayas pensando, y verás qué pronto me entero.

LILA. Es un favor que quiero pedirte.

LEONELO. De antemano concedido, Lila. ¿Por qué tienes que pensar tanto para pedirme un favor?

LILA. De todos modos pensaba decírtelo; ahora con más motivo, que has decidido ir a La Habana. En La Habana es mucho más fácil encontrarse con cualquier persona que uno desee ver. Sobre todo, aquel que tenga el ánimo un poquitín aventurero, andará por La Habana con frecuencia. (*Una pausa.*) Se trata de Jimmy... (*Leonelo se levanta; se va al fondo de la escena, de espaldas a Lila.*) Sé que le tienes muy mala voluntad, Leonelo; que no le perdonas todo el daño que hizo; que sus maldades te alcanzaron ¡sabe Dios en qué forma tan honda! que no has querido decir. Pero eres la única persona que puede hacerme el favor que estoy pidiéndote. (*Una pausa. Leonelo se vuelve a ella. Le coge una mano.*)

LEONELO. Lo que quieras. Eres primero que nada en el mundo para mí.

LILA. Como soy mujer, y las mujeres no andamos con frecuencia por las calles y por los caminos, no me ha de ser tan fácil, como a ti, verlo algún día. Quiero que sepa algo; tú, si lo encuentras, se lo dirás de mi parte.

LEONELO. Lila, siempre pensé que el día que lo viera delante de mí le rompería la cara, o le haría una cosa peor.

LILA. Espero que cuando te lo encuentres hayas modificado tus ideas.

LEONELO. ¡Oh, no! ¡Tendría yo que dejar de ser Leonelo! Le romperé la cara, me «fajaré» con él, de hombre a hombre, para poder quedarme tranquilo después. Ahora, eso no quita para que le dé el recado que tú le envías, antes de que nos «entremos» a golpes... ¿Qué quieres que le diga? Ah, si logro darle una trompada en un ojo, para que no pueda salir a la calle en una semana... Como todos los hombres malos, debe de ser cobarde; verás cómo lo hago huir...

LILA. Le dirás, Leonelo... ¡Vas a insultarte cuando me oigas, y no querrás transmitir el mensaje!

LEONELO. ¡Se lo diré! ¡Sea lo que sea!

LILA. Te he dicho que soy feliz... (*Una pausa.*) No vas a comprenderme; quisiera que oyeras lo que voy a decirte como si fueras

un medio mecánico transmisor de mis sentimientos... *(Pausa.)* ¡Si yo tuviera palabras para explicarte! ¡si yo misma pudiera comprender el por qué de mi descanso interior, ese cerrar mis ojos cada noche sin importarme que pueda abrirlos o no, a la mañana siguiente... casi, casi deseándolo!...

LEONELO. ¡Lila!

LILA. ... como una persona muy pobre, que de un momento se viera con las riquezas que ansiaba; que temiera que los ojos de la gente pudiera despojarla de su felicidad... Y más. Como si presintiera que el silencio perpetuo ha de suponer el acrecentamiento de su fortuna... Soy muy feliz. Mucho. Y a él se lo debo.

LEONELO. *(Temblando.)* ¿A quién?

LILA. A Jimmy... Eso es lo que debes decirle de parte mía: que lo perdono; que le doy las gracias.

LEONELO. *(Después de una pausa. Agitado.)* No me pidas que le diga eso... ¡No podré! Sé que no es cierto. Te he contado el daño que hizo, ¡y le das las gracias! ¿Por qué? Si fuera verdad que le debes un poquitín así de dicha ¡cómo lo buscaría! ¡cómo olvidaría mis propios sentimientos! No le debes nada, sino penas. Se rió de ti, de mí, nos pisoteó, burlándose... Me dijo... ¿qué necesidad tuvo de decirme?... *(Esconde la cabeza entre las manos.)* ¡Oh, Lila, qué persona tan mala es!

LILA. Tal vez no me hizo tanto mal... ¡Si pudieras comprender cómo siento más la luz después que él pasó por nuestro lado! ¡que es más oscura la noche, y más penetrante el canto de los pájaros del jardín; que brillan más los luceros, y que los veo más altos!... ¡Como si se hubieran profundizado los contornos de la naturaleza, haciéndose más asequibles a mis sentidos, dormidos hasta ayer, y hoy vivos, en un glorioso despertar! ¡Díselo! Estoy llena de gratitud... Y cuando estés frente a él, hablándole por mí, dulcifica cuanto pueda tu acento, y olvida por un instante la aspereza de tus agravios. ¡Prométemelo! ¡Perdónale este pequeño egoísmo a tu Lila! Serás bueno, verdad?

LEONELO. ¡Lila! ¡Lila! ¡Si pudiera comprenderte!

LEONELO ANCIANO. *(Desde su asiento; finalizando la escena.)* ¿Quién va a negarte algo, muñequita transparente; mujer en silueta de humo, que ya se desvanece en el espacio!

*(Se ha ido esfumando la luz del cono fantástico. Desaparecen Lila y Leonelo, niño. Se despierta la Enfermera. Se despereza un poco; recoge la revista que se le cae de las piernas y va a continuar la lectura, pero ve algo en el anciano que le llama la atención.)*

ENFERMERA. *(Con creciente inquietud.)* ¡Leonelo! ¿Se siente mal? ¿Por qué no me llamó?

LEONELO. No quise despertarla. Usted dormida ofrece un espectáculo como para extasiarse.

ENFERMERA. Déjese de chacotas. *(Le toma el pulso.)* Dígame qué se siente.

LEONELO. No hay un nuevo síntoma que añadir: lo mismo que otras veces.

ENFERMERA. Pues ahora, como otras veces, esto no será nada... ¡no se inquiete! Vuelvo en seguida. No se levante, haga el favor..

LEONELO. ¡Vuelta con las inyecciones!

*(La Enfermera está ahora detrás de él. La inquietud se revela en la vacilación de sus ademanes; por un momento no sabe qué hacer; una rápida determinación, y decide salir.)*

ENFERMERA. *(Esforzándose.)* ¡Déjese de majaderías! ¡Estése tranquilo!

*(Queda Leonelo anciano en la escena. Comienza a oírse un bullicio de café o lugar de diversión. Voces de personas que gritan; unos ríen; otros llaman: «Camarero». Mientras se produce la ambientación sonora, va encendiéndose lentamente el cono luminoso. Bajo el mismo aparece una sencilla mesa de café con tres sillas alrededor. En una de ellas, de espaldas al público, hay un hombre sentado. Es Leonelo ya adulto. En ningún momento se le verá el rostro de frente. Bien vestido, a la moda de 1920. Es innecesario que se trate de mantener similitud de rasgos físicos entre los tres intérpretes de este personaje. Le vemos el torso amplio, inclinado sobre la mesa; lo suponemos pensativo.)*

VOZ DE ESTEFANÍA. ¡Cuidado! ¡Qué torpe eres! ¡Poco faltó para que te estropearas ese auto! Ven. Es aquí.

*(Bajo la luz aparecen Estefanía y Sixto, a la moda de la época ya dicha. Estefanía exagera la nota de su elegancia. Se detienen ante la mesa y buscan con la vista el rótulo indicador del establecimiento.)*

ESTEFANÍA. *(Señalando.)* «La Flor Cubana». ¡Al fin la encontramos!

SIXTO. Estefanía, hay mucha gente aquí; no hay donde sentarse. Vámonos a otro lugar.

ESTEFANÍA. No. ¿Por qué? Ya el camarero nos buscará dónde sentarnos. ¡Ay, qué lujo, Sixto! Fíjate en aquella señora... ¡Camarero! ¡Haga el favor! Sixto, llámalo, que no vamos a estar aquí de pie toda la noche.

SIXTO. Mira, Estefanía, sentémonos donde podamos. Aquí hay dos asientos.

ESTEFANÍA. Molestaríamos a ese caballero... ¡Ay, Sixto, por Dios, qué contrariedad! ¿Por qué no mandaste a reservar una mesa para nosotros?

SIXTO. Me dijeron por teléfono que no reservaban mesas.

ESTEFANÍA. Entonces no es un sitio tan elegante como dicen... Vámonos a otro lugar, si quieres.

SIXTO. *(Al caballero.)* Con su permiso.

*(Se sientan Sixto y Estefanía.)*

ESTEFANÍA. Ay, sí... Es elegantísimo... Fíjate en las señoras aquéllas... Querido, tomaré el helado a tu gusto. Elige tú. ¡Me siento cansada!

SIXTO. ¡Si hubiéramos alquilado un auto, como yo quería!...

ESTEFANÍA. No. ¿Por qué? No hubiera podido ver las vidrieras... ¡Ay, qué calle de San Rafael, Sixto! ¡Cuántas cosas lindas! Sixto, llama al camarero...

SIXTO. Cuando pase cerca de nosotros, Estefanía. No voy a ponerme a dar gritos.

*(Leonelo adulto se levanta. Mira a los esposos. En su voz nos llega la emoción que no puede darnos su rostro oculto.)*

LEONELO. ¡Estefanía! ¡Doctor! *(Los esposos lo miran con extrañeza. Una pausa.)* ¿No me reconocen? *(Siguen mirándolo.)*

ESTEFANÍA. ¡Leonelo! ¡Es Leonelo!

LEONELO. Un Leonelo que ha crecido un poco...

SIXTO. ¿Quién va a reconocerte con ese cuerpo?

ESTEFANÍA. ¡Leonelo! ¡Qué alegría! ¿Qué esperas a darme un beso, si casi soy tu madre? *(Leonelo se inclina y la besa.)* Sixto, por Dios, ¿qué dices a esto? ¿No te alegras mucho?

SIXTO. Pues, claro...

LEONELO. ¡Estefanía! ¡Doctor!

ESTEFANÍA. Si me parece un sueño...

SIXTO. Poco que habíamos hablado de ti en estos días, deseando encontrarte.

ESTEFANÍA. Si creí que habías desaparecido de la tierra. ¡Ingrato! ¡No te ocupaste más de nosotros!

LEONELO. Muchas veces hago proyectos para ir a la isla, pero a última hora, siempre me arrepiento. Y no voy.

ESTEFANÍA. Pues, hace dos semanas que llegamos a Cuba. Sixto vendió sus propiedades en Nueva Gerona, para establecernos en La Habana.

SIXTO. Y ¿qué haces tú? ¿Ganas dinero?

LEONELO. Bastante.

SIXTO. ¿En la política?

LEONELO. No. Vendo materiales de construcción. Parece que en esta época todo el mundo hace dinero con facilidad.

ESTEFANÍA. Sobre todo los que están en la política. Hay una Senaduría vacante por La Habana, y yo quiero que Sixto...

SIXTO. Estefanía, no debes hablar de proyectos que todavía tenemos que discutir muy seriamente.

ESTEFANÍA. Nada tenemos que discutir, Sixto. Ya te lo he dicho. Catedrático de Farmacia en la Universidad, o Senador. ¡Leonelo! ¡Cuántos recuerdos me traes, hijo mío! ¿Qué edad tienes ya?

LEONELO. Veintisiete.

ESTEFANÍA. ¿Te casaste?

LEONELO. Sí. Y tengo tres niños.

ESTEFANÍA. ¿Y qué haces que no estás con tu mujer al lado? ¿Esperabas a otra, bribón?

SIXTO. Estefanía...

LEONELO. Siempre salimos juntos; pero hoy salí sin saber a dónde dirigirme, a coger un poco de aire; me senté aquí y miraba pasar a la gente.

ESTEFANÍA. ¡Qué bullicio! ¡Ay, si estoy mareada! Nosotros salimos del Nacional. Tenemos abono en la ópera. Por cierto, cuando te vi, ¡no te reconocí, claro!, tuve la idea de que estabas muy pensativo; como quien tiene una preocupación, o una pena.

LEONELO. Ninguna, Estefanía; puede creérmelo. Miraba pasar a la gente. Nada más.

SIXTO. ¿Son saludables tus niños?

LEONELO. Sí. Esas boberías que sufren todos los muchachos... Nada serio.

ESTEFANÍA. Es una suerte. Tu mujer estará orgullosísima contigo, porque estás un mozo...

SIXTO. ¿Dónde dejaste el chiquillo esmirriado que eras tú? (*Leonele ríe, con risa un poco triste.*)

ESTEFANÍA. Ya no serás tan tímido; que no te atrevías a levantar la vista del suelo...

LEONELO. Por dentro no se cambia tan fácil, Estefanía; no lo crea usted. Algo sí; pero no mucho.

ESTEFANÍA. ¡Me alegro de eso! (*Pausa.*) Porque eras adorable, hijo mío... ¡Qué soplo fresco tu candor! Cuando los recuerdo a ustedes, a ti, a Lila, o al muchacho aquél que se ahogó en la goleta, Raimundo, lloro, ¡claro!, pero al mismo tiempo me siento rejuvenecida y feliz. ¿Sabes que ella murió, verdad?

LEONELO. Sí.

SIXTO. (*Después de una pausa.*) La perdimos un mes después de haber salido tú de la isla.

LEONELO. Lo supe. Tuve ganas de correr hacia allá; pero, a última hora lo de siempre: ¿Para qué?

SIXTO. (*Le coge una mano.*) Hiciste bien, muchacho.

ESTEFANÍA. (*Le coge la otra; muy efusiva.*) No vuelvas nunca a Nueva Gerona, hijo mío...

LEONELO, ANCIANO. (*Desde su asiento.*) Alma de mi alma, madre mía, ¿dónde estás?

LEONELO, ADULTO. No existe el peligro que usted quiere evitarme, Estefanía. Cuando salí de Nueva Gerona conocía ya cuanto tenía que saber sobre... Nada tengo que averiguar.

LEONELO, ANCIANO. ¿Vives aún? ¿Pero es que voy a morirme sin encontrar ese pedazo de espíritu que al mío le falta?

ESTEFANÍA. Dinos quién se atrevió a revelarte...

LEONELO, ANCIANO. ¿Cómo son tus cabellos, madre mía? ¿Rubios, como el rubio del sol en el atardecer?

LEONELO, ADULTO. Apenas lo conozco; pasó por mi lado; me dejó su marca, y no he vuelto a verlo.

ESTEFANÍA. ¿De Nueva Gerona?

SIXTO. Un pinero es incapaz de esa canallada.

LEONELO, ADULTO. No sé de dónde es. A veces pienso, Estefanía... (*Una pausa.*) Después de todo, hay algo... ¡paz interior! Ya la vislumbro. Creo que voy a conseguirla. Tal vez tenga que debérsela a... la revelación de aquel canalla. Todo lo sé. Nada tengo que buscar.

LEONELO, ANCIANO. Oh, madre mía, si fuera joven, ¡qué caminata emprendería por la tierra, buscándote! Madre linda, madre buena, como todas las madres... ¿dónde estás? (*Se angustia. Trata de levantarse. Caee de rodillas con los brazos en el pequeño asiento sin espaldar de la Enfermera.*) ¡Lila! ¡Lila! (*Bajo el cono de luz quedan rígidas las tres figuras.*) Lo busqué. Créemelo. No pude encontrarlo. Escudriñaba rostros cuando iba por las calles; visité pueblos lejanos del interior; donde los Leonelos descalzos abundan por las plazas y por los montes, pensando que tras ellos, él andaría. Muchas veces corrí tras alguien con ojos de cielo y pelo de sol... Y hoy, Lila, nada puedo hacer con tus palabras, sino llevármelas. Se harán polvo conmigo. Lamento mi poca suerte, muñequita.

(*Adquieren vida las tres figuras.*)

ESTEFANÍA. ¡Estoy contentísima! Sixto, por Dios, acaba de llamar a ese hombre... ¡Camarero! ¡No oye! Y he observado que a otras personas las atiende enseguida... Vámonos, y que Leonele venga con nosotros.

SIXTO. Es inútil, Estefanía. No vamos a otro lugar. Si salimos de aquí es para irnos a casa.

ESTEFANÍA. ¿A casa? No. ¿Por qué? (*Actitud de molestia.*) ¡Y dicen que esto es un sitio elegante!... O es que ese hombre adivinó que somos de Isla de Pinos...

SIXTO. ¡Cómo hablas tanto!

ESTEFANÍA. (*Molesta.*) ¡No irás a decir que parezco un loro!

SIXTO. (*Se levanta, iracundo.*) ¡Estefanía! ¿Qué has dicho? ¿Sabes que en mi presencia no se puede mencionar esa palabra!...

ESTEFANÍA. ¡No me di cuenta! Perdóname, pichoncito de mi alma...

*(Suben los ruidos iniciales de la escena. Llegan a un punto de clímax y de momento desaparecen, con la luz y las tres figuras. Queda el anciano, con los brazos en el asiento sin espaldar.)*

LEONELO, ANCIANO. Y después, la vida: una lenta posesión de mi paz. Hacia el gran salto. Guardo buen equilibrio, porque es fuerte la peña en que asiento el pie. Hasta la última hora me ha de morder el deseo de sentirte, madre. Mas no será muy sostenido mi lamento. Porque acariciaron mis manos un rayo de sol, y supe de la serenidad de las noches consteladas. Mi compensación. *(Un silencio.)* Pequeña Lila, muchos años necesité para comprenderte... *(Pausa.)* ¡Gracias, Jimmy!

TELÓN LENTO

## REQUIEM POR YARINI

COMEDIA EN TRES ACTOS

DEDICATORIA.

A MI GENTE, DEL BARRIO  
DE SAN ISIDRO